

SOLAPA

Poesía, historias, filosofía. Este libro tiene un poco de cada cosa.

El autor desea que aceptemos esta historia como un cuento y no como sugerencia de fenómenos espirituales, incluso porque él mismo no es espiritualista. Como el Maestro DeRose expresó muy bien en el Prefacio, este libro no tiene la pretensión de estar relatando hechos reales o percepciones de otras existencias. Él prefirió rotular la obra como ficción, a fin de evitar fricciones con el sentido común, ya que hay cosas que no se pueden explicar.

Sin embargo, es una posibilidad por lo menos interesante, que el Maestro DeRose así lo haya hecho por su proverbial cuidado en no estimular misticismo en sus lectores, pero que se trate de recuerdos de eventos verídicos, guardados en lo más profundo del inconciente colectivo.

MAESTRO DeROSE

YO RECUERDO...

DATOS INTERNACIONALES DE CATALOGACIÓN EN LA PUBLICACIÓN (CIP)

ELABORADO POR EL AUTOR

De Rose, L.S.A., 1944 -

Eu me lembro... / De Rose. - São Paulo :

Editora União Nacional de Yôga ; Primeira Universidade de Yôga do Brasil, 1995.

Inclui bibliografia.

1. Yôga 2. De Rose 3. Corpo e mente - Terapias 4. Ciências ocultas 5. Yôga na literatura 6. Mestres de Yôga. I. Título

CDD- 181.45

ISBN

MAESTRO DeROSE

YO RECUERDO...

© Copyright 1999:

Maestro De Rose, L.S.A.

1ª edición en papel, 2.004.

Proyecto editorial, creación de tapa,
digitación, diagramación:

Maestro DeRose, L.S.A.

Ejecución de tapa:

Traducción:

Instr. Melina Flores Raschelli

Corrección:

Instr. Diana Raschelli de Ferraris

Título original:

Eu me lembro...

Producción gráfica:

Editora União Internacional de Yôga,

órgano de divulgación cultural de la

UNIÃO INTERNACIONAL DE YÔGA

www.uni-yoga.org.br • www.unioninternacionaldeyoga.com

São Paulo: Al. Jaú 2000 – Tel. (00 55 11) 3081-9821

Rio de Janeiro: Av. Copacabana 583/ 306 – Tel. (00 55 21) 2255-4243

Buenos Aires: Av. Corrientes 2940, 3º 7 – Tel. (00 54 11) 4864-7090

Se permiten las citas de fragmentos de este libro en otros libros y órganos de la prensa, siempre que se mencione la fuente y se tenga la autorización expresa del autor.

Se prohíbe cualquier otra utilización, copia o reproducción del texto, ilustraciones y/o de la obra en general o en parte, por cualquier medio o sistema, sin el consentimiento previo del autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Yo recuerdo...
No me acuerdo

PARTE I — MI PUEBLO

Las mañanas de mi infancia
El atardecer
La puesta del sol
La religión
Las reuniones en torno del fuego
La cocina de nuestra casa
Nuestros alimentos
Mi padre
El sexo
Las represiones
Las peleas
El hijo pertenece a la madre
Los casamientos
¿Celos?
Las “infidelidades”
Los *descasamientos*
Los *recasamientos*
Los invasores
La partida
La gran jornada
Otros poblados
El fin del mundo
La hora de constituir familia

Mi mujer
Nace el primer retoño

PARTE II — EL MAESTRO

El viejo sabio
Los Maestros también se enferman
El impulso de abandonar todo
Lo que pierden los célibes
La casa del Maestro
Aprendiendo a leer
Cuando llegaba a casa al atardecer
Aprendiendo a escribir
La fabricación del instrumento de escritura
La fabricación del “papel”
La primera crisis de desánimo
El momento de la madurez
¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde voy?
Los poderes del Maestro
El despertar de los poderes en nosotros
La herencia del Maestro

Posfacio

INTRODUCCIÓN

YO RECUERDO...

*A la Historia, prefiero la Mitología.
La Historia parte de la verdad y marcha en dirección a la mentira.
La Mitología parte de la mentira y se aproxima a la verdad.*

Jean Cocteau

Yo recuerdo... y en seguida olvido. Desde pequeño yo recuerdo sueños, imágenes del inconsciente, de símbolos de mi mente.

No quiero saber lo que son esos recuerdos. No quiero saber, porque todas las veces que interrumpí el libre flujo de los recuerdos para cuestionarlos con la lógica cáustica, fueron podados y no continuaron. Y algunos... ¡eran tan dulces...! ¿Cómo pude interrumpir recuerdos tan tiernos con la hoja fría del intelecto? ¿Sólo para vanagloriarme ante mí mismo: “soy racional”?

¿Qué ventaja hay en ser racional? ¿Si lo onírico es tan rico y tan bello? Por lo tanto, no me pregunten qué recuerdos son éstos. No quiero saber. Quiero que fluyan. Y que continúen siempre, simplemente, fluyendo. Quiero sonreír con ellos. Quiero verter lágrimas de emoción con ellos. Quiero compartir con ustedes esas emociones. Ven conmigo, a viajar por el pasado, por el futuro, o por alguna dimensión subjetiva, en la cual podremos olvidarnos del mundo como es hoy y de la objetividad de lo concreto y del ángulo recto. Ven. Vamos a viajar por mis memorias que tal vez sean las tuyas. ¿Quién sabe si, leyendo mis recuerdos, no los recordarás también?

NO ME ACUERDO

No me acuerdo de los nombres, ni del mío, ni de los de mis padres, ni del de nadie. No me acuerdo de los funerales, aunque me acuerde muy bien de las muertes que presencié. No me acuerdo de la lengua que hablábamos. Cuando recuerdo, es sin idioma. Necesito traducir el puro recuerdo a la lengua que hablo hoy. No me acuerdo del nombre de nuestro pueblo, ni de la localización de nuestra aldea. Sólo me acuerdo de que la región era plana y de que había mucha vegetación verde en la parte más próxima a donde vivíamos.

PARTE I

MI PUEBLO

LAS MAÑANAS DE MI INFANCIA

Me acuerdo de una linda mañana de sol, en que los campos floridos ondulaban con la brisa fresca. Yo debía tener unos cuatro años de edad y mi madre me enseñaba cómo caminar por el sendero de tierra evitando pisar las hojas secas para no herir a alguna serpiente que estuviese durmiendo y no percibiese nuestra aproximación, decía ella. Según mi mamá, la serpiente no era mala y no me mordería por mal sino por miedo de mí, que era un animal mucho mayor que ella.

Mamá me enseñaba también a percibir el ruido particular que cada animal, ave o insecto hacía al desplazarse o al acechar. De hecho, cuando empecé a prestar atención, podía perfectamente separar el ruido del viento en la vegetación, del llamado de un insecto casi imperceptible y del leve aletear de un ave de rapiña planeando bajo para cazar un roedor desprevenido. Un día ella me dijo:

—¡Shhh! Escucha.

Pero no oí nada. Entonces, apuntó con el dedo mayor, como era costumbre en nuestro pueblo. Miré y no vi nada. Pero comencé a percibir un leve ruido como si fuese una lija pasando levemente sobre el piso arenoso.

—¡No te muevas, para no asustarla!

En pocos instantes, vimos una majestuosa cobra amarronada de unos dos metros de largo que salía de atrás del matorral. Por todo lo que mi madre me enseñó, puedo decir que le debo la vida varias veces.

Pasábamos la mañana entera jugando a agujerear el suelo de tierra blanda con el dedo pulgar y tirando dentro de los orificios unas semillitas. Después, pasábamos algunas semanas jugando a colocar

agua y estiércol de vaca en torno de cada lugar plantado. También debíamos conversar y reír bastante por allí cerca. Mamá decía que si la semilla escuchaba nuestra conversación y nuestras risas, sacaría la cabecita para ver lo que pasaba. Entonces, nos quedábamos días y días conversando y contando cosas divertidas, esperando ansiosamente que la semilla asomase la cabeza fuera de la tierra.

Mi madre tenía razón. Después de algunos días vi, con alegría imposible de describir, el primer brote saliendo al sol. Y después otro, y otro.

—Ahora—me dijo ella—debemos mostrar a las plantitas que el mundo aquí afuera vale la pena. Vamos a estar siempre felices unos con los otros, para que las plantitas no vuelvan para adentro. También debemos cuidar de ellas porque, pobrecitas, no pueden desplazarse como nosotros para ir a beber agua cuando tienen sed, ni para huir cuando alguien va a pisarlas.

Colocamos protecciones de bambú a su alrededor y todas las mañanas les dábamos agua, porque era verano y el calor era muy fuerte. Había días en que teníamos que protegerlas del sol y cubríamos una gran área con una tela casi transparente y ya medio vieja, pero que era mantenida inmaculadamente limpia. Nunca pregunté por qué se lavaba esa tela, si iba a quedar expuesta al sol y al viento que, a veces, levantaba nubes de polvo rojizo. Pero, incansablemente, las mujeres de la aldea lavaban metros y metros de tela, siempre cantando y riendo de las cosas más simples. Cierta vez, la causa fue una rana que saltó dentro de la cesta de mimbre. Una de las mujeres comentó que la rana estaba queriendo casarse y, por ese motivo absolutamente ingenuo, las mujeres rieron hasta el atardecer.

EL ATARDECER

Si por la mañana la diversión era plantar y regar, a la tarde íbamos a la fuente a buscar agua fresca que llevábamos para casa en pesados toneles de madera que, felizmente, se transportaban rodando sobre sus laterales que funcionaban como ruedas y eran tiradas por medio de un asa tallada de cada lado. Como todo niño, yo cubría a mi mamá de preguntas y quería saber por qué no utilizábamos los búfalos para la tracción del tonel. Mi mamá explicaba que no era tan grande ni tan pesado como me parecía a mí que era pequeño, y que los animales tenían otras funciones más importantes.

Llegando a casa, el agua era transferida a la cisterna, apoyando el tonel en una entrada excavada en la arenisca especialmente para ese fin, de forma de encajar la abertura en una posición baja, capaz de dejar escurrir casi toda el agua cuando retirábamos la tapa de resina. Después, era sólo dar unas sacudidas más con el tonel ya más liviano, y el líquido restante se escurría hacia afuera.

Algo que siempre me impresionó era la ingeniería para la provisión de agua de nuestra casa. En la ciudad disponían de canales que conducían pequeñas cantidades de agua, suficientes sin embargo para las necesidades de todos. Nosotros vivíamos fuera de la ciudad y teníamos que prevenirnos, pues sólo contábamos con nosotros mismos. La cisterna fue cavada en la arenisca, más blanda que la roca pero suficientemente resistente para sostener el precioso elemento. Las paredes internas eran revestidas de una savia retirada de los árboles próximos que, después de secarse, quedaba impermeable y aromatizaba el agua. El reservorio me parecía enorme, y teníamos que hacer muchos viajes diarios para llenarlo y mantenerlo así durante

todo el período en que la naciente abastecía de agua. Después venía el estío y pasábamos meses sin lluvia, utilizando sólo lo que hubiésemos conseguido almacenar. Cada casa poseía su cisterna, unas mayores, otras menores. Algunas eran beneficiadas por la topografía del terreno, como era el caso de la nuestra.

El camino conducía hasta la abertura superior. Por el otro lado, había una abertura baja, con un ingenioso sistema de regulación que sólo permitía la salida de lo suficiente para mantener llena una cuba de piedra, donde íbamos a buscar las cantidades necesarias para lavarnos o para beber y cocinar.

Algunas veces se producían filtraciones y faltaba provisión de agua para alguna de las familias de la aldea. Entonces los vecinos colaboraban y cada uno dividía su agua en la medida de lo posible. Siempre alcanzó para todos.

Como las funciones eran alternadas, cuando no precisábamos buscar agua, íbamos a traer las cabras y los búfalos para guardarlos cerca de la choza.

LA PUESTA DEL SOL

Cuando el sol se ponía, todos dejábamos lo que estuviésemos haciendo y nos quedábamos en pequeños grupos observando el crepúsculo. Las familias se reunían, los niños se encaramaban en los hombros de los mayores o en el regazo de los padres. Las parejas se abrazaban y acariciaban.

Ésa era la hora de hacer las paces, si alguien todavía estaba resentido por alguna cosa; era también la hora de recitar poesías casi siempre compuestas de improviso, allí mismo. Siempre fue muy fácil para nuestro pueblo componer poemas de amor al ponerse el sol, pues los rostros quedaban dulcemente iluminados por el color anaranjado del sol poniente.

No teníamos noción de lo que era aquel disco luminoso en el cielo, pero sabíamos que era lindo y que a él le debíamos nuestra vida, la luz que nos iluminaba, el calor que nos calentaba en el invierno. No imaginábamos que fuera alguna divinidad sino un fenómeno natural como el rayo, el trueno o la lluvia, y lo reverenciábamos con gran respeto y afecto.

LA RELIGIÓN

Mercaderes y otros viajeros venidos de tierras distantes, al pasar por nuestra región, comentaban que éramos un pueblo extraño por nuestra forma de ser y, más aún, por nuestra religión. Yo no consideraba a nuestro pueblo nada extraño. Extraños eran los otros, que tenían el semblante contraído, cargaban pesados símbolos religiosos y eran obligados a realizar rituales y ofrendas a dioses que ellos nunca habían visto, pero que juraban que existían.

Ellos encontraban curioso que no tuviésemos templos y que reverenciáramos a las fuerzas de la naturaleza. No las llamábamos dioses. Simplemente prestábamos reverencia al sol, que nos iluminaba y daba calor; a los árboles, que nos proporcionaban alimento, sombra y madera para construir nuestras casas; a los ríos, que hacían posible la vida de todos los vegetales y animales. No nos hacían falta símbolos para adorarlos, pues la Naturaleza estaba a nuestro alrededor. Si queríamos reverenciar al sol, no necesitábamos un símbolo solar, bastaba volvernos hacia él, que estaba allí todos los días. A la noche, la luna y el cielo estrellado eran por sí solos un magnífico templo abovedado sobre nuestras cabezas, que influía sobre nuestras cosechas, la gestación de nuestras mujeres y el comportamiento de todos, hasta de los animales.

Nosotros podíamos ver aquello que venerábamos. Eso hacía nuestra reverencia mucho más concreta. Cuando sembrábamos, agradecíamos a la tierra. Cuando cosechábamos, agradecíamos a la planta que nos cedía el alimento. Cuando nos bañábamos en los ríos o cuando bebíamos el agua de las fuentes, les agradecíamos por estar allí para purificarnos el cuerpo y saciarnos la sed. Por eso no necesitábamos sacerdotes ni rituales.

Observamos varias veces entre los forasteros que, cuando alguno de ellos caía enfermo o sufría un accidente o cualquier otra desgracia, casi siempre atribuían la desventura a la ira de los dioses u otros seres sobrenaturales por alguna falta cometida. Entre nuestro pueblo, al contrario, cuando alguien se enfermaba, se accidentaba o moría, aceptábamos, simplemente, que esas cosas suceden. Veíamos que eso ocurría todo el tiempo a los animales y a las plantas, que también se enfermaban, sufrían accidentes y morían, naturalmente. Y procurábamos sacar de la experiencia algún aprendizaje para evitar, en la medida de lo posible, que el hecho desdichado se repitiese. Éramos mucho más felices que los extranjeros, ya que no nutríamos miedos ni culpas.

LAS REUNIONES EN TORNO AL FUEGO

Después de lavarnos y de hacer nuestra última refección del día, los adultos más jóvenes traían leña y encendían una hoguera en el centro de la aldea. Los más viejos se sentaban junto al fuego y contaban casos de su juventud, enseñaban cosas que les venían a la mente, elogiaban alguna actitud constructiva que hubiesen notado durante aquel día, tejían planes para las actividades del día siguiente. Casi siempre esas reuniones eran muy alegres. Frecuentemente alguien tenía una historia graciosa para contar y nos quedábamos todos riendo hasta tarde.

La reunión en torno al fuego también era utilizada para que las familias consultasen a los que entendían más de un determinado asunto. Se sentaban juntos y cambiaban informaciones, en el mismo clima de descontracción.

Los niños eran los primeros en caer dormidos. Poco a poco, todos se iban retirando, hasta que sólo quedaban los que constituían el Consejo de los Ancianos. Entonces comenzaba una asamblea informal para tomar las grandes decisiones sobre protección, cultivos, urbanización. Quien lo deseaba podía permanecer despierto hasta más tarde y presenciar cómo se tomaban las decisiones, pero la mayoría prefería ir a descansar, confiando en la competencia de los ancianos. Al fin y al cabo, quien ya había vivido cuarenta o cincuenta años forzosamente tenía que haber acumulado mucho conocimiento y experiencia de vida.

Cierta vez, los monzones vinieron más fuertes de lo que se esperaba y se produjeron inundaciones. Gracias al Consejo de los Ancianos, las casas de la mayor parte de la población habían sido erigidas en las partes altas. Pero había un cierto número de habitantes que no

quisieron dar crédito a la experiencia de los Ancianos y, despreciando sus consejos, construyeron en un área aparentemente más apacible. Naturalmente, esas habitaciones fueron cubiertas por las aguas. Sin embargo no llegó a constituir ninguna tragedia. Esos aldeanos menos previsores se llevaron una buena lección moderadora del orgullo al perder sus casas y todo lo que poseían, pero fueron salvados y abrigados por los vecinos mejor situados. Durante algún tiempo, las recomendaciones de los Ancianos fueron más respetadas por aquellos irreverentes. Después, varios de ellos se olvidaron de lo ocurrido y volvieron a creer que podían desacatar a la voz de la experiencia.

LA COCINA DE NUESTRA CASA

Recuerdo la cocina, el lugar más acogedor de la casa. Lo que más me gustaba era la proximidad del fuego y el aroma de la comida. Cuando era más pequeño, un día quise tocar el fuego y mi mamá me ayudó en esa aventura. Me dijo:

—El fuego es muy tímido y cuando tratas de agarrarlo, huye. Pero también es nervioso como el cuervo. Si agarras un cuervo del pie, te dará un picotazo. El fuego también hace eso. Entonces, no puedes estar mucho tiempo con tu mano tratando de agarrarlo. Tienes que tratar de tomarlo y sacar la mano rápido.

Y así aprendí a tocar el fuego sin quemarme.

NUESTROS ALIMENTOS

Comíamos muchos cereales, raíces, frutas y hortalizas, huevos, leche, cuajada, queso y manteca. Algunas tribus del noroeste se alimentaban también de peces, pero en nuestra región considerábamos primitivismo agarrar un animal, ave o pez, matarlo brutalmente y devorarlo como lo hacen los predadores más salvajes.

A nosotros nos gustaban las cabras y búfalos, pero no lográbamos sentir afición por los tigres que mataban y dilaceraban a nuestros animales y parientes. La mayor parte de las familias ya había perdido por lo menos un ser querido muerto por algún animal carnívoro. No podíamos rebajarnos al mismo nivel animal de las fieras.

Como observábamos mucho la naturaleza a nuestro alrededor, percibíamos que los animales vegetarianos eran amistosos y podían ser amansados al punto de trabajar con nosotros, y los dejábamos dormir a nuestro lado sin peligro de ser atacados por ellos en medio de la noche. Ningún animal carnívoro puede ser domesticado para trabajar para nosotros, para ser montado o para tirar de una carreta. Solamente el perro se aficionó al hombre e, incluso así, no nos daba leche ni tiraba de nuestros arados, y sólo servía para montar guardia, representando muchas veces un peligro para nuestros vecinos.

Notamos también diferencias entre las tribus, que podían ser atribuidas a los hábitos alimenticios. El cuerpo de los que no se alimentaban de las carnes muertas de los animales era más saludable, la piel linda y suave, el semblante apaciguado y amistoso. Los del noroeste, además de ser físicamente más rudos, cuando algo les desagradaba aceptaban tranquilamente herir al enemigo, pues estaban habituados a derramar la sangre de los animales.

Nuestras comidas también eran más sabrosas y aromáticas. Cierta vez probamos la comida hecha por un clan nómada que nos visitó. Por la carne, claro está, sentimos repulsión y no quisimos ponerla en la boca, hasta por una cuestión de higiene. Pero aceptamos algunos vegetales que la acompañaban. No tenían gusto a nada. Era como si ellos creyesen que la comida era la carne, y no precisaba de condimentos. El resto no merecía ningún cuidado especial. Cuando les ofrecimos nuestros vegetales preparados en el horno, con leche y manteca, condimentados con hierbas y semillas aromáticas, dejaron a un lado la comida de ellos y prefirieron la nuestra. También nos pareció que no conocían el arte de hacer pan, pues, siendo nómades, no plantaban cereales, y así daban preferencia a la caza y a la pesca.

Teníamos varios tipos de pan, cada cual con una selección de granos y hierbas y con una forma diferente. Pero era siempre pesado y duro. Cuando pregunté a mi madre si no podía ser más blando, ella se rió, hizo una mueca y no me respondió. Le hice otra mueca y continué masticando mi pedazo de pan. Más tarde descubrí que podía dejarlo un poco en la leche y conseguir la consistencia deseada.

Una plato delicioso que preparábamos era una combinación de granos, dejados en remojo con hierbas aromáticas durante la noche. En verano, comíamos ese plato crudo, acompañado de cuajada. En invierno lo cocinábamos y lo servíamos todavía humeante.

Nuestra familia tenía un cariño especial por un arbusto que daba unas semillas redondas, oscuras y brillantes, que eran molidas y guardadas para agregar a algunas recetas. Además de perfumar el alimento y enriquecer el sabor, se decía que tenían la propiedad de aumentar la energía para el trabajo y evitar enfermedades.

MI PADRE

Me acuerdo de mi padre. Era un hombre simple, pero como toda la gente de la aldea, vivía feliz. Debía tener unos treinta años de edad y ya estaba muy consumido por el trabajo de la labranza, por el sol inclemente y por algunos accidentes. Había perdido un dedo cortando leña. Por suerte, la herramienta era de cobre y se partió antes de mutilar los otros dedos. Rengueaba un poco por haber sido mordido en el pie por un bicho venenoso que él no llegó a ver. Sólo sintió el dolor de la picadura y pasó días en cama con fiebre. Cuando se recuperó, su pie estaba endurecido como una piedra y había perdido el tacto. Pero los dientes fuertes constituían su orgullo. Le gustaba sonreír por aquella razón, pues era pretexto para mostrar que no había perdido ningún diente, cosa rara en aquella edad avanzada. Los únicos que pasaban de esa edad eran los sabios, que vivían y se alimentaban de otra forma y jamás ejecutaban trabajos en el campo bajo el sol y la lluvia, ni estaban sujetos a los ataques de los animales salvajes. Cierta vez, conocí un sabio anciano con sus largas barbas blancas, símbolo de la sabiduría que le había permitido alcanzar tan dilatada longevidad. Creo que tenía el doble de edad que mi padre.

Nunca vi a mi padre enojado con nada. La única vez que se puso serio por causa de una disputa con un vecino sobre la propiedad de unas frutas, mi madre colocó la cabeza de él en sus senos, acarició sus largos cabellos negros y le dijo:

—El árbol está plantado fuera de nuestro terreno y fuera del de él. Tú plantaste el árbol cuando nuestro primer hijo nació. Pero cuando él murió, no lo cuidaste más. El vecino cuidó del árbol a partir de entonces y cree que tiene derecho sobre él. Hemos sido amigos desde que nos conocemos y él nos ayudó y nosotros lo ayudamos muchas veces. Las frutas que caen del árbol no pueden ser motivo de

conflicto. Noté que él aprecia nuestras flores. Mañana me voy a ofrecer para plantar unos gajos en el terreno de él y ustedes hacen las paces.

Mi padre comenzó a sonreír y a besar el regazo de mi madre. Después estaban amándose como dos niños. Es que en el lugar donde pasé mi infancia, los adultos no escondían de los hijos sus actos de amor. Por otro lado, niños y niñas jugaban libremente y hacían sus descubrimientos bajo la mirada benevolente y cariñosa de los mayores. Ellos no veían ningún mal en eso. Nuestra civilización estaba basada en la libertad y creíamos que todas las experiencias placenteras deben ser saludables, y las cultivábamos. Las dolorosas debían ser perjudiciales, y las evitábamos. Nosotros y todos los animales a nuestro alrededor teníamos la misma opinión.

EL SEXO

Por eso, el sexo nunca fue interpretado en nuestra cultura como algo que debiese ser restringido o practicado a escondidas. De esa forma, aprendíamos a recoger las dádivas de la sexualidad observando retozar a nuestros parientes, a nuestros amigos y nuestros vecinos. Como estábamos todo el tiempo riendo y jugando, el sexo no llamaba mucho la atención de nadie; era sólo una forma más de reír y jugar.

Justamente por la libertad reinante, nadie estaba muy obsesionado por ese tema. Tampoco era necesario que nuestros padres nos explicasen al respecto. Bastaba observar. Sólo uno u otro detalle de etiqueta era perfeccionado por el consejo de los más viejos.

Así, recuerdo una experiencia de mi pubertad ocurrida en el inicio del verano cuando, en nuestra región, los animales se apareaban y los jóvenes se volvían más exuberantes. Yo estaba a la vera del río, observando el movimiento gracioso de los pececitos al nadar próximos a la orilla. La ondulación de las aguas que reflejaban los rayos trémulos del sol capturaba mi atención. Mirando hacia una parte donde las aguas eran más plácidas, noté el reflejo de una pareja muy próxima a mí. Irguiendo los ojos advertí que eran personas mayores. Debían tener ya unos quince años. Estaban sentados frente a frente, mirándose a los ojos con amor. Su mirada era tan dulce, su fisonomía de felicidad era totalmente envolvente. A veces uno de los dos pasaba las manos por el rostro o los cabellos del compañero. Así se quedaron por largo tiempo, y yo me envolví en aquella escena, casi como si formara parte de ella.

En un momento dado la muchacha irguió las caderas, quedando de rodillas, y dejó que su túnica se deslizase por los senos y cayese por debajo de la cintura, hasta el césped. Estaban tan cerca que llegué a

sentir el perfume de la tierra, levemente levantado por el movimiento de aire que generó la tela al caer al suelo. El joven se desvistió de la misma forma, la abrazó por la cintura y recostó tiernamente el rostro en su vientre, con los ojos semicerrados.

En ese momento, la muchacha, moviendo el rostro hacia un lado, me vio. Me miró largamente a los ojos y me sonrió. Le retribuí la sonrisa. Ella tocó el rostro del muchacho y apuntó en mi dirección. Él también sonrió. Me hicieron señas para que me aproximase. Me acerqué y pude sentir un perfume nuevo para mí. Era la fragancia de sus cuerpos, emanando fluidos corporales de deseo. No me preguntaron nada, ni mi nombre, ni mi edad. Simplemente me abrazaron y acariciaron mi cabeza. Nos quedamos así toda la tarde, a veces acostándonos, sentándonos, jugando con las manos, rodando en el pasto, haciendo muecas, riendo.

En un momento dado, creo que las hormonas de los dos jóvenes llegaron a un nivel que requería otro tipo de caricias. Ella montó sobre él, lo miró con profundidad, se inclinó y tocó con los senos su pecho, que comenzaba a agitarse. Tocó con sus labios la boca del muchacho y ambos dieron inicio a la más bella escena de amor y arte de la cual me puedo acordar. Los movimientos de su cuerpo eran de una fluidez y ritmo que me recordaron las ondulaciones de las aguas del río, movimientos suaves pero, al mismo tiempo, poderosos. Ella emitía unos gemidos tan dulces que todavía resuenan en mi memoria y me deleitan el alma.

Yo estaba estirado en el piso, sintiendo la humedad en el vientre, los codos apoyados en la tierra, sosteniendo el rostro con ambas manos, la mirada fascinada, participando emocionalmente de todo lo que ocurría. Quería que aquella escena jamás terminase. Pero terminó, algunas horas después. Nuevamente, ellos se volvieron hacia mí y me recostaron en su regazo, donde permanecieron un buen rato más acunándome como si fuera un hijo. Después se despidieron de mí y se fueron. A esa altura ya estaba atardeciendo y creí que también debía ir para casa.

Llegando allá, relaté lo ocurrido a mis padres. Todos nosotros, niños, ya habíamos presenciado muchos juegos sexuales, pero esta vez había

sido diferente. ¡Yo había participado! Mis padres escucharon con atención y, cuando terminé el relato, mi madre sacó una flor de sus cabellos, que había sido puesta allí por mi padre, y la depositó en mis manos. Mi padre me dijo:

—Fue una experiencia muy linda, hijo. Espero que tengas bastantes vivencias como éstas en tu vida. Benditos sean los jóvenes que te proporcionaron ese aprendizaje.

Hasta hoy, siempre que recuerdo aquellos momentos, todavía me impresiono con el aura de pureza y total ausencia de malicia que envolvía prácticamente a todos en nuestra aldea.

LAS REPRENSIONES

Cuando nosotros, los niños, hacíamos algo que no debíamos, mis padres y todos los más viejos solían abrazarnos de una manera peculiar y se quedaban quietos acunándonos. Con eso ya sabíamos que habíamos hecho algo que había entristecido a alguien. Entonces abrazábamos fuerte en retribución, y eso significaba que estábamos arrepentidos por nuestra actitud. Cuando la tristeza pasaba, comenzábamos a arrullarnos y pasar cariñosamente el rostro sobre el cabello, o sobre el pecho del otro, y eso significaba que la tristeza había terminado. Ésa era nuestra manera de amonestar a los niños y era también así como los adultos manifestaban sus discusiones conyugales. No era costumbre entre nosotros contender verbalmente, acusar, o esperar que el otro aceptase su “culpa” y se disculpase, en fin, todas aquellas complejidades de las relaciones humanas tan comunes en otras culturas.

LAS PELEAS

El hecho de ser desconfiados y amorosos no significa que no existieran las disputas entre nosotros. Las había, como en cualquier comunidad. Pero eran raras. Me acuerdo de una vez que un leñador quedó trastornado por causa de un incidente que había costado la vida de su mujer, y a partir de entonces comenzó a comportarse como un loco, agrediendo todo y a todo el mundo. Las personas tenían paciencia con él y simplemente le perdonaban sus actitudes por comprender que estaba enfermo del espíritu. Hasta que un día hirió a alguien y el Consejo de Ancianos decidió desterrarlo de la aldea. Sólo podría retornar cuando hiciese algo que compensase a la comunidad por el mal que había perpetrado. Muchos años después, volvió con un pequeño rebaño de búfalos. Se presentó al Consejo de Ancianos y ofreció el rebaño al hombre que había herido años antes. Fue perdonado y tuvo consentimiento para seguir viviendo entre nosotros. Interesante, no recuerdo su rostro.

EL HIJO PERTENECE A LA MADRE

Cuando el niño nace, sale del cuerpo de la madre. En los primeros meses es alimentado por el pecho de la madre. Por eso, siempre aceptamos que el hijo pertenece a la mujer. El marido era su compañero, protector, amante y devoto. En consecuencia, el nombre heredado por los hijos era el de la madre, y la herencia de las propiedades pasaba de madre a hija. La choza pertenecía a ella, pues nuestra civilización no concebía que, en el caso de una separación conyugal, la mujer y los hijos se quedasen sin techo mientras el hombre permaneciese solo en la casa. Cuando raramente ocurría alguna separación, era común que el ex-marido construyese su nueva casa dentro del terreno de la anterior, para poder continuar dando asistencia y cariño a los hijos. Si él establecía otro vínculo conyugal, la nueva esposa era acogida por la anterior como parte de la familia. Lo mismo ocurría cuando la ex-esposa se casaba nuevamente.

LOS CASAMIENTOS

Las personas se casaban o *descasaban* cuando así lo entendían. No había límites de matrimonios, ni control de la comunidad sobre la vida privada de los individuos. Las ceremonias de casamiento no eran oficiadas por ningún sacerdote, ni por autoridad alguna. Las parejas decidían por su libre iniciativa si querían casarse o separarse y organizaban sus celebraciones con el auxilio de la familia y de los amigos. Toda la aldea estaba implícitamente invitada y casi todos solían festejar.

Los casamientos solían ser estables y monogámicos. No obstante, a veces ocurría que un hombre o una mujer contraía nupcias con más de una persona por vez. Era más común que la mujer tuviese dos o tres maridos, porque el poder económico estaba centralizado en ella. Por eso era más frecuente ver a una joven jugando con dos muchachos, que lo contrario.

¿ CELOS?

En nuestra aldea prácticamente no había ese sentimiento. Era más común en la infancia, cuando un niño quería jugar con el objeto que pertenecía a otro y éste, instintivamente, no lo dejaba. Pero si los padres o amigos mayores observaban el hecho, procuraban conversar con los menores, explicándoles que nosotros sobrevivíamos mejor que los demás animales porque compartíamos, mientras que ellos competían entre sí.

Si siendo niños disputaban por un juguete, cuando adultos podrían herirse o matarse en una contienda y toda la aldea se perjudicaría. Entonces, los pequeños eran educados para repartir y para atenuar el sentimiento de posesividad. Así, si uno estaba comiendo y se aproximaba otro niño, automáticamente, el primero le extendía la mano, ofreciendo parte de la comida. Hacían lo mismo con los juguetes. De esa forma, más tarde, cuando fuesen mayores, actuarían de la misma manera desapegada con sus relaciones afectivas.

Eventualmente, algún adulto manifestaba celos de su compañera o compañero por cualquier motivo. Invariablemente, todos cuantos presenciaban la escena lo reeducaban inmediatamente, riendo de él, burlándose amistosamente y diciéndole que estaba actuando como los niños pequeños, todavía no educados, que temían que el amigo les quitase el juguete. A veces el celoso se fastidiaba un poco, pero terminaba sonriendo y se disculpaba por el papelón.

Como consecuencia, los celos constituían una excepción en las relaciones y no eran bien vistos. Una persona sistemáticamente celosa quedaba ante la comunidad como un maleducado e inmaduro. Era como si no hubiera sido educado en la infancia o madurado lo suficiente para enfrentar la vida adulta. Ése solía quedarse soltero,

pues nadie quería involucrarse con él y someterse a una existencia de restricciones y de tensiones conyugales.

No habiendo el sentimiento exagerado de posesividad, y reinando un incentivo para compartir todo, era normal que, cuando alguien se separase o se casase de nuevo, esas circunstancias no causasen estremecimientos ni rupturas.

LAS "INFIDELIDADES"

En ausencia del sentimiento de posesividad o de celos, tampoco podría haber el concepto de infidelidad. Hasta porque, bajo tal clima de libertad y con el culto a la sensorialidad que se verificaba en nuestra cultura, incluso los casamientos más estables y monogámicos admitían experiencias extraconyugales como procedimiento muy natural. Al fin y al cabo, la mayor parte de los mamíferos nos daba su ejemplo.

Cierta vez estaba jugando con los demás niños en la casa de nuestra vecina, cuando vimos que llegaba el marido. No lo habíamos percibido, pero la mujer estaba teniendo una experiencia con otro hombre. Al abrir la puerta, el marido se sorprendió por un instante. Se disculpó por la intrusión y ya iba a retirarse cuando la esposa lo llamó adentro. Le dio un largo abrazo, después tomó su mano con ternura y lo atrajo para sentarse, mostrándole que él no era indeseable en aquel momento. Sentáronse los tres y conversaron largamente. Después, prepararon la comida y cenaron civilizadamente. Desde mi óptica infantil, me pareció que la esposa comenzaba a tratar al marido con más cariño a partir de aquel día. En cuanto al otro, nunca más lo vimos.

LOS “DESCASAMIENTOS”

Nuestro pueblo festejaba los casamientos y los *descasamientos*. No había motivo para tristezas cuando terminaba un matrimonio. Teníamos bien incorporada la noción de que la persona que compartió con nosotros nuestra casa y nuestro lecho, una vez separada, se volvía nuestra hermana.

Si no había más interés en proseguir juntos por incompatibilidad de genios o cualquier otra razón, ambos procuraban comprender al otro y deshacían los lazos conyugales. Pero como eso no representaría una ruptura ni un alejamiento mayor, no era causa de ningún trauma, ni de tristeza, ni de agresividad.

Para dar una satisfacción a los amigos y consanguíneos, se organizaba otro tipo de fiesta, cuyo objetivo mayor era el de abrazar largamente a cada uno de los que se separaban, para que sintiese que no estaba solo y que toda la comunidad estaba allí para ampararlo y para llenar sus momentos de soledad. Era común que los amigos de ambos sexos se turnasen para hacer compañía y dormir con cada uno de los *descasados* en los meses que seguían a la separación.

No habiendo sentimiento de posesividad y con la posibilidad de que el ex-marido continuase residiendo en las proximidades de la ex-mujer e hijos, las separaciones conyugales causaban muy poco desgaste. El hecho de que el poder económico estuviese centralizado en la mujer también facilitaba las cosas, pues no había reparto de patrimonio. Pertenecían al hombre sus herramientas, armas y ropas. Lo restante era de la mujer.

LOS "RECASAMIENTOS"

Los *recasamientos* eran muy pintorescos, pues el cónyuge o los cónyuges anteriores comparecían asumidamente como parientes más próximos y bendecían cada nueva unión.

Los hijos de todos los casamientos eran hermanos de primer grado, con derechos iguales en la jerarquía familiar, y el padre de un niño era considerado padre de todos. Así, en caso de separación, cada hijo no perdía al padre sino que, al contrario, ganaba uno más. Los varios padres, a su vez, asumían con placer sus responsabilidades para con todos los niños. Como la mortalidad infantil era grande, como en todas las demás naciones, las familias tendían a ser numerosas. Una matrona a sus treinta años de edad frecuentemente ya había dado a luz a unos diez o doce hijos. De esos, más de la mitad moriría antes de casarse, lo que ocurría cerca de los dieciséis años.

LOS INVASORES

Yo ya era adulto, de unos quince años de edad, cuando se produjo un gran alboroto en la aldea. Llegaban miles de personas que se desplazaban a pie, a paso rápido. Estaban andrajosos y no traían casi pertenencias. Se los notaba exhaustos, pero una fuerza interior los mantenía en marcha acelerada.

Eran refugiados de nuestra etnia, provenientes del norte, y relataban los horrores de una invasión sangrienta que se estaba produciendo en sus tierras. Los más ancianos comentaban que hacía siglos que no ocurría nada así y que los invasores estaban aprovechándose de la decadencia de nuestras ciudades-estado, causada por la sequía. Después del gran terremoto que asoló nuestra región, el curso de los ríos mudó y algunos de ellos se secaron, llevando hambre y devastación a varias ciudades.

Los mensajeros que precedieron a los invasores, con el objetivo de reducir la resistencia, esparcieron la noticia de que no sería una invasión sino una ocupación pacífica. Consiguieron convencer a muchas ciudades de eso, y muchas se entregaron sin resistir. Sin embargo, cuando los invasores llegaron, demostraron la verdadera intención. Tomaban las casas, expulsaban a los aldeanos de sus tierras, estupraban a sus hijas y mataban a quien reclamase.

Los invasores eran criaturas enormes, muy blancas y muy feas, vestidas de pieles de animales. Tenían cabellos color de trigo o de fuego y eran desalmadamente crueles. Basado en la descripción de sus ojos terribles, inyectados de odio, relatada por los que los habían visto de cerca y consiguieron huir, nuestro pueblo construyó más tarde máscaras de demonios que comenzamos a utilizar en danzas litúrgicas, con la esperanza de alejarlos de nuestras praderas.

Comenzaban así las nociones que, más tarde, darían origen a las religiones institucionalizadas entre nosotros.

Ésa sería la única manera de evitarlos, pues eran devastadores por donde pasaban y nada podía detenerlos. Nuestras armas no podían contra las de ellos, más pesadas y más resistentes. Ninguno de nuestros guerreros conseguía siquiera empuñar una de ellas. Según los relatos, ellos salían de la nada y llegaban en ondas sucesivas de vándalos, destruyendo todo, hasta aquello que podía servirles. Parecían destruir por el placer de destruir, como si estuviesen enloquecidos. Mataban a los niños, a los chanchos y las cabras, cortándolos al medio, cantando y bramando. Un intérprete, que conocía muchas lenguas, nos dijo que sus canciones alardeaban de algo como “conquistaremos todo el mundo...”

Ya habíamos sido invadidos antes por otros pueblos, pero nada se asemejaba a eso. Los anteriores conquistaban para cobrar tributos o para ocupar las tierras fértiles y apoderarse de los silos repletos de cereal. Pero éstos eran diferentes. No dejaban prácticamente a nadie sobrevivir para pagar los tributos, y quemaban los silos. ¿Con qué sobrevivirían ellos? Algunos decían que se alimentaban casi exclusivamente de carne bovina y, por eso, traían detrás de los ejércitos grandes manadas de bueyes y vacas. Éstos eran marcados a fuego en los cuernos con los signos de sus propietarios. Para ilustrar lo que decían, los migrantes mostraban algunos cuernos que habían conseguido capturar.

Invitados a alojarse en las cercanías, donde podrían arar la tierra y construir sus cabañas, se rehusaron asustados y declararon que tenían que seguir inmediatamente, más y más para el sur.

—¡Los invasores avanzan más rápido de lo que podemos huir! Sólo pudimos sobrevivir porque ellos pararon para reagruparse. Si ustedes fuesen previsores harían lo mismo que nosotros, abandonarían sus casas y huirían.

El Consejo de Ancianos se reunió para decidir lo que deberíamos hacer. Nadie quería abandonar sus campos ya sembrados, sus cisternas llenas y sus cómodas chozas, donde residía toda la historia de cada familia. Sin embargo, algunos más precavidos intentaron organizar

algún plan de protección, o de fuga, o de confirmación de que los invasores vendrían en nuestra dirección.

Las opiniones se dividían. Los ánimos se exaltaban. Ésa fue una de las raras veces en que presencié a nuestro pueblo con el semblante cargado y sin mostrar su eterna sonrisa. Finalmente, las decisiones se definieron. Un grupo resolvió que sería más prudente enviar una patrulla de batidores para certificarse de la invasión. El otro decidió que los testimonios de los refugiados eran elocuentes y que no se quedarían esperando para después huir en pánico, en la más completa pobreza. Era más sabio comenzar a reunir provisiones, ropas y herramientas, así como semillas para recomenzar en otra región.

En los días que siguieron, ni los niños sonreían. Todos estaban muy preocupados y agitados. La tristeza los dominaba.

De los veinte batidores que fueron enviados para confirmar si debíamos o no prepararnos para el éxodo, pasados treinta días, retornaron dos. Hasta donde habían proseguido no habían visto nada, pero se cruzaron con otro grupo que huía, todavía más asustado, y que confirmaba los mismos relatos. Mientras los otros dieciocho batidores seguían adelante, estos dos retornaron para transmitir noticias. Cada siete días debían retornar dos más para informar al Consejo de Ancianos. Sin embargo, nunca más regresó ninguno de ellos. Eso aceleró la decisión de un gran número de familias sobre la necesidad de partir inmediatamente.

Otros prefirieron quedarse, pues iban a apropiarse legalmente de las tierras, casas, plantaciones y silos de los que partiesen. Eso representaba una tentadora oportunidad de enriquecimiento inmediato. Así, muchos prefirieron arriesgarse a permanecer en la aldea, cercándola de altos y espesos muros de ladrillos y aprovisionándose de una gran cantidad de flechas, lanzas, dagas y otros elementos de combate.

El inconveniente, decían los partidarios de la partida, era el tiempo requerido para levantar las murallas. Sumando los treinta días que el primer par de batidores llevó para ir y volver, más los siete días en que el segundo grupo debería haber retornado y no lo hizo, se

calculaba que habría muy poco tiempo y que el enemigo podía estar próximo.

LA PARTIDA

Mi familia fue una de las centenas que optaron por partir rumbo al sur. Se percibía en el aire un sentimiento tan denso que casi no nos dejaba respirar. Conseguimos un robusto carro de bueyes y cuatro búfalos para traccionarlo. En realidad, hubiera bastado un animal, pero los que habían dejado sus tierras nos advertían sobre la larga jornada por terrenos pedregosos, inundados o escarpados, en los cuales sería necesario un refuerzo. Y además, cabía la posibilidad de perder uno o más búfalos. Pensando en la familia, mi padre procuró un macho y tres hembras que podrían darnos leche si faltase alimento, e incluso había la posibilidad de que tuvieran crías.

En el carro había de todo. Muchos granos que nos servirían de alimento y también para el plantío, cuando llegásemos a nuestro destino. El agua no faltaba en esa época del año. Incluso así, llevábamos una gran cantidad, dispuesta en varios recipientes, pues no sabíamos cómo serían las regiones por las cuales tendríamos que pasar. Procuramos también cabras y aves que nos proveerían de leche y huevos, además de cuero y huesos para la confección de instrumentos y utensilios. Reunimos el mayor número posible de herramientas y objetos de cobre, metal que podría ser utilizado nuevamente o negociado. No poseíamos muchas armas en nuestra aldea, pero conseguimos llevar con nosotros algunas lanzas, hachas y cuchillos. También llevábamos telas y pieles. Cada familia reunió más o menos las mismas cosas.

En la fecha marcada para la partida del grupo que había decidido migrar, toda la aldea se reunió para la gran despedida. Amigos y parientes se abrazaban y deseaban buena suerte, tanto a los que partían rumbo a lo desconocido como a los que se quedaban con la esperanza

de que los invasores no llegasen hasta aquella región. Sin embargo, todos sabían que, probablemente, nunca más volverían a verse.

Nunca olvidaré la visión impresionante de la enorme caravana con todo tipo de carrozas, animales y gente partiendo en silencio. Sólo oíamos los lamentos de las ruedas girando en sus ejes engrasados, el llanto de los niños y los llamados de los animales. Los adultos no decían ni una palabra.

LA GRAN JORNADA

Las primeras semanas de viaje fueron tranquilas, gracias a las provisiones que llevábamos y por estar todavía todos descansados. Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba y los animales se fatigaban, nosotros absorbíamos sus sufrimientos. Siempre tuvimos mucha identificación con nuestros animales y los tratábamos casi como personas de la familia. No queríamos verlos tristes o maltratados. Entonces, comenzamos a reducir nuestra marcha y descansar más en cada campamento. Éramos conscientes de nuestra buena ventaja y no había motivo de apuro.

Así, lavábamos y acariciábamos a nuestros búfalos, les dábamos la mejor ración y dejábamos que descansasen el máximo posible. Gracias a eso, ninguno de nuestros animales murió. Algunas familias que no trataban tan bien a sus animales no fueron tan felices y contaron algunas pérdidas.

La marcha se volvió más lenta a medida que los artesanos tenían que reparar los carros que se iban desgastando por el viaje en terreno accidentado.

Llegamos a una región que no era exactamente desértica, pero era extremadamente cálida durante el día. Por ese motivo, cambiamos nuestro turno de marcha y comenzamos a realizar el trayecto durante la noche. De día acampábamos en el lugar más fresco o arbolado que consiguiéramos encontrar. Cuando no era posible, armábamos dos o tres tiendas superpuestas para atenuar la inclemencia de los rayos solares.

Su calor nunca nos había incomodado antes, pero eso se debía, en parte, al hecho de que en nuestra aldea estábamos descontraídos y podíamos trabajar alegremente o acostarnos a la sombra para observar

los insectos o, incluso, bañarnos en los riachos. Aquí, estábamos con otra disposición emocional. Nos encontrábamos lejos de casa, con la expectativa de lo que ocurriría en territorios desconocidos. Toda esa inseguridad generaba ansiedad y las más mínimas cosas nos causaban desgaste y malestar.

No obstante, los más viejos procuraban mantener la mejor disposición posible y realizaban más juegos que antes, estimulando la moral de todos. También nos enseñaban trucos de supervivencia que nunca habían sido tan enfatizados. Y entrenaban a los muchachos para un eventual combate. Como no alimentábamos ninguna esperanza de vencer en la confrontación, nuestra estrategia se basaba en confundir y retardar al enemigo, dando tiempo a las mujeres y niños de emprender la fuga. Ésta dependía del terreno en el que estuviéramos. Estudiamos una táctica para terreno montañoso, otra para el bosque, otra para lugares descampados, otra para riachos, etc.

Yo creía que ninguna de ellas funcionaría, pues no éramos guerreros y nos faltaba la indispensable experiencia, pero eso era lo mejor que podíamos hacer.

Felizmente, parece que los invasores no siguieron en nuestra dirección, ya que meses después no teníamos ninguna noticia al respecto. Ese hecho generó duda en el corazón de diversas familias sobre si había sido una elección acertada abandonar todo y migrar. Hasta había quien, torturado por la nostalgia, pensaba en emprender el retorno al hogar. Después de una reunión de los Ancianos que habían acompañado la caravana, se decidió destinar un grupo de jóvenes voluntarios a la misión de volver, saber lo que había pasado y retornar a la caravana para informarnos.

Mientras tanto, los demás seguirían más lentamente en la dirección del sudeste. Tomaron varias providencias para que las posibilidades de un desencuentro fuesen mínimas, y los batidores emprendieron el viaje.

Los meses pasaron y el grupo de jóvenes no retornó. En ausencia de noticias auspiciosas, se decidió continuar adelante.

OTROS POBLADOS

A medida que proseguíamos en nuestra aventura, pasamos por diversas villas parecidas a la nuestra, algunas mayores, otras menores. Algunas veces se trataba de grandes ciudades, con sólidas construcciones, largas avenidas y saneamiento como jamás habíamos visto.

En todos los lugares por donde pasábamos describíamos lo que nos habían relatado los refugiados. Los habitantes de los poblados menores eran más receptivos y tenían en cuenta nuestras advertencias. Por otro lado, los de las grandes ciudades parecían muy seguros de sus murallas y del gran número de hombres disponibles para defender sus propiedades, y en ellas nadie quiso escuchar.

Meses después comenzamos a encontrar las osamentas de los emigrantes que habían pasado por nuestra aldea y que habían emprendido el viaje en pánico, sin víveres ni herramientas. Era una experiencia aterradora ser testigo de aquello que podría ser el preanuncio de nuestro fin.

Para precavernos contra tan poco glorioso desenlace, durante nuestro camino desarrollamos el arte del comercio por medio de trueques, comprando en una región y vendiendo en otras las mercaderías que, según nos informaban previamente, eran las más buscadas en las regiones que estaban en nuestra ruta. De esa forma, conseguimos mantener una buena alimentación y preservar nuestra salud. Y además éramos siempre bien recibidos donde llegábamos, trayendo lo que más necesitaban.

LLEGAMOS AL FIN DEL MUNDO

Después de viajar varios meses, ¡llegamos al fin del mundo! La tierra acababa de repente, a la vera de un acantilado, y allá abajo delante de nosotros surgía una inmensidad de agua muy azul que parecía estar queriendo subir por la arena, pero siempre retrocedía. La arena, a su vez, dibujaba una larga curva y se perdía en el horizonte. En los límites de la arena, un matorral de plantas rastreras forraba el piso blando. Una legión de extraños árboles de tronco largo y desnudo, con unas pocas hojas enormes y largas, y frutos redondos llenos de un agua deliciosa, parecía montar guardia a las márgenes de aquella inmensidad azul.

Era un paisaje bellissimo, como nunca habíamos vislumbrado. En una mezcla de asombro y deslumbramiento, no tuvimos espacio para el miedo en nuestras mentes. Algunos más valientes se destacaron de la multitud estupefacta y se adelantaron para ver de cerca aquellas aguas, diferentes en todo de las de los ríos que conocíamos. En un movimiento inesperado, una onda derrumbó al más osado. Levantándose, todo mojado, con la mirada perpleja y la mano en los labios, balbuceaba:

—¡Es salada! ¡Es salada!

Todos los demás quisieron probar y cayeron en el agua. Después de mucho festejo por haber llegado al fin del mundo, concluimos que tendríamos que quedarnos allí mismo...

Era una región deshabitada y que parecía el paraíso. Mucho más bonita que la nuestra, riquísima en ríos y cascadas, profusión de flores y vegetación como jamás habíamos visto. La tierra era extraordinariamente fértil, y aunque estuviéramos en invierno, ¡no hacía frío!

Por primera vez en la larga jornada no hubo dudas. Todos coincidieron en que ése era el lugar ideal para terminar nuestra migración. Además de todo, ya estábamos todos extenuados por el constante traslado. Varios niños habían nacido en ese tiempo, lo que volvía más difícil el viaje para todo el grupo. No soportando la dureza del viaje, muchos ancianos habían fallecido antes de pasar el conocimiento a los más jóvenes, y eso estaba poniendo en riesgo nuestras tradiciones por la pérdida del acervo cultural. Innumerables recursos estaban comenzando a faltar. Así, la decisión de fijarnos allí fue unánime.

En poco tiempo nuestra aldea ya estaba tan bien urbanizada y su población era tan alegre como antes.

Mi padre no soportó los rigores del viaje y acabó muriendo poco después de que escogimos el lugar para construir nuestra casa. Creo que resistió sólo hasta que llegásemos a un lugar seguro para, sólo entonces, permitirse dejarnos.

LLEGÓ LA HORA DE CONSTITUIR UNA FAMILIA

Así, maduré en la nueva tierra. Ya tenía unos diecisiete años, edad de pensar en constituir una familia. Como era nuestra costumbre, la mujer era la que elegía al marido, y así, un día, fui escogido. Estaba cargando un haz de leña que había ido a buscar en el bosque próximo a la aldea, cuando me crucé con una joven de ojos fascinantes, de unos catorce años aproximadamente. Al pasar a mi lado sonrió. La saludé. Entonces ella paró y me ofreció una fruta. En el mismo instante comencé a escuchar a los pájaros cantando en las ramas de los árboles que nos rodeaban, el claro se llenó de mariposas que volaban a nuestro alrededor y el aire se volvió perfumado por las flores multicolores que yo no había notado hasta entonces. En verdad, todo eso ya estaba allí, todo el tiempo, pero el estímulo de la libido proporcionaba a mi cerebro y cuerpo más reflejos y percepciones sensoriales, que tornaban el mundo más bonito. Cuando volví en mí, ya nos habíamos sentado en la hierba y estábamos conversando hacía bastante tiempo.

Por conversar, entiéndase la forma de comunicación de nuestro pueblo. No se trataba de contacto meramente verbal. Había toda una riqueza de medios para disfrutar de nuestra proximidad. Sonrisas, sonidos guturales, gestos, muecas, miradas, toques y sentimientos, formaban una deliciosa amalgama de sensaciones. A pesar de ya ser ambos adultos y haber tenido nuestras vivencias sexuales, como era de costumbre, esta experiencia estaba siendo arrebatadora, diferente de todo lo que habíamos probado antes. No llegamos a desencadenar ningún contacto sexual propiamente dicho, pero el simple rozar de nuestros hombros, aspirar la fragancia de nuestros cabellos, oír la melodía de nuestras voces, constituía ya un estado de gracia que justificaba la existencia.

Aquel día volvimos a la aldea tomados de la mano. Nuestras miradas eran tan denunciadoras que todos percibieron que no se trataba de los tan comunes juegos sensoriales de la juventud. Nuestros amigos notaron que éramos especiales uno para el otro.

En los días y meses que se sucedieron al primer encuentro, nuestra convivencia fue tomando cuerpo. Nuestros ideales eran coincidentes, nuestros planes para el futuro no precisaban retoques y nuestros diálogos sin fin eran divertidos y motivadores. Teníamos un indescriptible placer en simplemente escuchar la voz del otro y compartíamos las formas de organizar los pensamientos, al mismo tiempo inteligentes, de humor refinado y sensibles.

Las estaciones pasaban, se aproximaba la primavera e iba llegando el momento de asumir una familia.

Ahora era necesario probar que yo podía ser de alguna utilidad. En caso contrario, ella podría cambiar de idea. Y si eso ocurriese, sería muy difícil que otra joven se interesase por aquél que fue considerado inútil.

Para eso había toda una serie de ceremonias, siempre descontraídas e informales, pero que respetaban la tradición. Uno de los primeros ritos era trenzar una cuerda en casa de la novia. Sus padres supervisaban el trabajo para constatar que el pretendido sabía hacer ese utensilio de los más importantes. Después, utilizando la cuerda, madera y paja, era necesario construir la casa en que iban a vivir. Escogí un lugar que tenía vista hacia el mar y en la proximidad de un arroyo de aguas cristalinas. La madre de la novia diariamente determinaba las coordenadas de cómo quería la choza. El casamiento sólo se concretaba después de que la casa quedase como la suegra quería. Tampoco había prisa, pues como la sexualidad era una bendición y no un pecado, la pareja ya mantenía relaciones amorosas desde que la joven se interesara por el muchacho. De esa forma, seguí las costumbres.

MI MUJER

Fui favorecido con la más dulce de las jóvenes. Su mirada era profunda y tranquila como la laguna en la que íbamos a bañarnos; su voz, suave como el susurro de la brisa entre las palmeras; y el movimiento de su cuerpo recordaba la levedad de la mariposa flotando en medio de la flores. Sus labios tenían la dulzura de la miel y su aliento exhalaba el perfume de las hierbas del campo.

A pesar de ser muy joven, mi futura esposa se mostraba madura y apta para desempeñar la función social y familiar que se esperaba de ella. Aunque no manifestase muchas aptitudes domésticas, poseía una inteligencia admirable —lo que, obviamente, contaba mucho más— además de una capacidad incuestionable para las artes, y llenó nuestra vida de poesía.

En poco tiempo realizamos la ceremonia que nos enlazaba y pasamos a vivir en la choza que habíamos construido, bien cerca de una cascada, cuyo cántico a la noche acunaba nuestro sueño y por la mañana nos despertaba con un clamor de esperanza, de vida y de alegría.

De esa forma, en poco tiempo yo ya estaba plenamente comprometido con la vida conyugal, asumiendo las obligaciones que había aprendido de mis padres.

Con el paso del tiempo, descubrí por qué ciertos casamientos se estancan y deterioran a la pareja, mientras que otros, como el nuestro, contribuían a enriquecerse. Una sonrisa en el momento correcto, una actitud de paciencia cuando es necesario, un consejo, un apoyo, una mirada de admiración, una palabra de incentivo, y cada cual estimula al otro a que realice, cree, trabaje, actúe, economice, invierta, ordene,

limpie, arregle... en fin, para que los compañeros progresen cuando hay una química adecuada en la fusión de dos seres en una sola alma.

Gracias a esa perfecta armonía y a nuestro temperamento alegre, comunicativo y sociable, en poco tiempo hicimos muchos amigos que contribuían a la estabilidad del matrimonio y nos convertimos en una de las parejas más prósperas de la aldea. Habíamos plantado una gran variedad de vegetales comestibles que utilizábamos para efectuar trueques con los vecinos.

Mediante esos trueques, adquirimos algunas crías de cabras y búfalos. Ahora esos animales ya eran adultos, se habían cruzado y dado muchas crías. Por eso necesitábamos más terreno donde meter nuestros animales. Entonces, negociamos algunos a cambio de un hermoso lote de tierra por donde pasaba el arroyo que alimentaba nuestra cascada. Así podíamos garantizar también la pureza de su agua. Realizamos todas esas adquisiciones en muy poco tiempo, antes de que naciese nuestro primer hijo.

NACE EL PRIMER RETOÑO

En nuestro pueblo los partos eran fáciles, tal vez porque las mujeres hacían mucho ejercicio trabajando en el campo, tal vez por ser muy jóvenes al dar a luz, tal vez porque teníamos una alimentación muy saludable, tal vez por lidiar tan bien con la sexualidad. Tal vez fuese un paradigma de nuestra cultura, pues veíamos cómo los animales lo hacían y era fácil para ellos, por lo tanto, también debería serlo para nosotros.

Sabíamos que en otras tribus muchas mujeres morían para traer los hijos al mundo, pero entre nosotros eso no acontecía.

Durante el trabajo de parto, los familiares, amigos, vecinos, todos se quedaban cerca festejando y ayudando con palabras de estímulo y de cariño. Algunos traían agua para beber, otros más íntimos, masajearon con cuidado el vientre, la región pélvica o el coxis de la mujer. Contaban historias graciosas y la parturienta reía. Todos reían. La creencia general era que, si el niño sacaba la cabeza y veía a todo el mundo feliz y sonriendo, percibiría que el mundo es un lugar bueno para vivir y reaccionaría más fácilmente con sonrisas que con llanto cuando las cosas no fueran como él quería.

Así nació nuestro primogénito, y cada año un descendiente más. Era común tener muchos niños, ya que también era fácil morir y todos precisábamos de los hijos para que nos sustentaran en la vejez y en la enfermedad.

PARTE II

EL MAESTRO

EL VIEJO SABIO

Cierta mañana fui a sacar leche de nuestra búfala que pastaba suelta cerca de las márgenes del río. Caminando por el campo con los pies descalzos sobre la hierba mojada por el rocío de la noche, tan absorbido estaba que pasé al lado del animal y continué adelante. Un poco más allá, encontré a un viejo sabio sentado mirando las aguas que pasaban, siempre iguales, montaña abajo. Lo saludé y le pregunté qué estaba observando. El anciano me dijo que estaba observando sus pensamientos. Me senté a su lado y, como un niño, sin nada que cuestionar, comencé a hacer lo mismo. Pasaron varias horas y allí estábamos los dos, lado a lado, sin decir una palabra, pero sin embargo entendiéndonos perfectamente bien.

Hasta que, en un momento dado, el anciano se volvió hacia mí y comenzó a hablar.

—¿Qué observaste?

—Mis pensamientos.

—¿Te gustó?

—Sí.

—¿De qué naturaleza eran?

—De todos los tipos. Pensé en las aguas, obedientes, que siguen formando ondas en el mismo lugar, a pesar de ser siempre otras. Después pensé en nuestra vida, que también es así. Somos siempre otras y otras personas naciendo, creciendo, trabajando, casándonos... pero seguimos haciendo las mismas cosas, sin que nadie nos obligue a eso. Luego pensé en nuestras ovejas, cabras y vacas, que también siguen haciendo las mismas cosas desde que nacen hasta que mueren.

Y sus descendientes continúan haciendo las mismas cosas. ¿Cuál es el sentido de todo eso?

—¿Te hiciste esa pregunta?

—Sí.

—¿Y cuál fue la respuesta?

—No obtuve respuesta, pues mi pensamiento siguió los pájaros y cambió continuamente. Pero me gustó la experiencia.

—Entonces vuelve mañana y vamos a contemplar el río juntos otra vez.

Así lo hice. Durante mucho tiempo retorné y me senté al lado del anciano. Era una relación de amor. Desde la primera vez que lo vi, sentí un cariño arrebatador por aquel Maestro. Lo miraba con admiración gratuita, pues aún no lo conocía suficientemente bien. No sabía el universo de sabiduría que él tenía para transmitirme. Era, simplemente, amor desinteresado, a primera vista.

Casi siempre nos quedábamos callados por mucho tiempo. Generalmente, al final él me hacía algunas preguntas. Después de unos cuantos meses noté que sus preguntas eran lo que me permitía tomar conciencia de cuán profundo había ido en mi viaje interior.

LOS MAESTROS TAMBIÉN SE ENFERMAN

Un día el anciano no apareció para contemplar el río. Fui hasta su morada, que quedaba en las inmediaciones, y vi que estaba enfermo. Le pregunté si no tenía a nadie para cuidar de él, si no tenía mujer o hijos. Me respondió con una voz débil que nunca tuvo tiempo para dedicar a la vida familiar, pues cada instante de su existencia fue dedicado a aprender con su Maestro la filosofía del autoconocimiento, que proporcionaba también salud y una vida larga.

—Pero usted se enfermó.

—Sí, todos los animales enferman y mueren un día —me respondió— pero sin las prácticas de mi ciencia me hubiera enfermado con más frecuencia y ya hubiera muerto a la edad en que mueren los demás. Sin embargo, aunque mi disciplina no me hubiera proporcionado estos años adicionales de vida, aun así hubiera valido la pena por la lucidez que me proporcionó. Nada tiene más valor que el conocimiento —me dijo el anciano.

Aquel día no atendí mis obligaciones familiares y me quedé a cuidar del sabio. Bajo sus instrucciones, recogí determinadas hierbas que fueron utilizadas de diferentes maneras. Algunas él las mascaba. Otras, me mandaba que las macerara para aplicar sobre el pecho. Otras, las dejaba en remojo, para que su principio activo fuese absorbido por el agua, que después sería ingerida.

Cuidar del viejo sabio fue un inestimable aprendizaje acerca de las hierbas medicinales: cómo reconocerlas, saber para qué sirven y cómo utilizarlas.

Así pasó el tiempo sin que yo lo percibiese, tan absorto estaba en mis quehaceres. Cuando me percaté, ya estaba cayendo el crepúsculo.

EL IMPULSO DE ABANDONAR TODO

Al final de la tarde el anciano me ordenó que volviera a mis funciones en la aldea y en la familia. Respondí que quería quedarme cuidando de él y que pretendía seguir el mismo camino de dedicación al autoconocimiento, en tiempo integral, como él lo había hecho. Pero él no concordó.

—Cada persona tiene una forma de alcanzar la lucidez. Yo opté por la vida retirada porque suponía que fuese un camino más fácil. Eso tiene algunas ventajas, tales como la tranquilidad de no ser solicitado todo el tiempo por una esposa cariñosa, por los hijos y por el trabajo profano. Sin embargo, ese estilo de vida también presenta severas desventajas, pues la energía creadora queda estancada y el proceso evolutivo se vuelve más lento. Necesité décadas para alcanzar el nivel de conciencia actual. Hoy sé que si me hubiera dedicado al método ancestral, que no excluye la vida familiar, habría obtenido muchos más resultados con mis prácticas, y habría sido más rápido y fuerte.

Una de las sendas para la evolución pasa por las experiencias conyugales y por el trabajo sobre la sexualidad. Éste, sin duda, es un sistema más poderoso y que desde nuestro éxodo hacia el sur está cayendo en el olvido. A su debido tiempo voy a iniciarte en ese camino. Por hoy, quiero que retournes y cuides de tus vacas y de tu familia. Vuelve mañana.

LO QUE PIERDEN LOS CÉ LIBES

Cuando retorné, mi compañera estaba recogida en un rincón de nuestra cabaña, sentada en el suelo, bañada en lágrimas. Al verme, se levantó de un salto y en un parpadeo atravesó la casa y se lanzó en mis brazos.

— ¡Ah, mi hombre, qué bueno que volviste a mí! Cuando saliste por la mañana a buscar leche y no retornaste hasta el fin del día, pensé que te había ocurrido algo, o que no me querías más, o... o... —me dijo entre lágrimas y sollozando.

El perfume de sus cabellos se mezclaba con el de sus lágrimas. Comenzamos a besarnos, a abrazarnos fuerte, y nos quedamos allí mismo en el piso acariciándonos, mirándonos a los ojos, expresándonos palabras de ternura y sintiendo nuestros cuerpos calientes de emoción. Así permanecemos en éxtasis de amor toda la noche y vimos nacer el sol sin sentir sueño. Ambos nos concientizamos de que fue en aquel momento cuando nuestro casamiento realmente se consumó y nuestra unión realmente se consolidó.

Los rayos del sol matutino penetraron en nuestro rincón de amor, como bendiciéndonos. Jugamos algún tiempo con las manos y dedos para bloquear y desbloquear la luz que acariciaba nuestros rostros.

Cuando conseguí detenerme a pensar en lo que había ocurrido, valoricé aún más la mujer que tenía. Es que a pesar del clima de comprensión de nuestro pueblo, muchos vecinos, cuando se demoraban para volver a casa, eran interrogados por las esposas: “¿Por qué demoraste tanto?”.

Los pueblos por donde pasamos eran bien variados. Hasta las lenguas, vestimentas y costumbres diferían, pero los conflictos intrínsecos de las personas en sus relaciones humanas parecen ser los mismos, sea en la cultura que sea.

Sin embargo, mi compañera sólo quería saber que yo estaba bien, que estaba de vuelta y que continuaba viviendo con ella. Ni una puntita de reclamo o de acidez por la demora, sólo un torrente de cariño que, sin duda, era mucho más eficiente para cautivar a su compañero. Era realmente una mujer inteligente. A partir de ese día, nunca más repetí la misma falta de consideración. En cambio, le traje flores y frutas frescas para su desayuno, una pequeña cría de tortuga, y le dije que la llevaría a conocer al anciano Maestro. Ella se puso tan eufórica que emitió una serie de grititos lindos de alegría, rio bastante y dejó escurrirse una tierna lágrima de felicidad en el bordecito de los ojos. Como no podía dejar de ocurrir, el desayuno fue regado por besos y caricias y rematado por un bellissimo acto de amor.

En cuanto pudimos, dejamos la cabaña y fuimos a visitar al sabio. Nuestra alegría era tanta por tener la felicidad de estar juntos, que íbamos corriendo, saltando y jugando por el camino, como dos criaturas.

Cuando llegamos, el Maestro ya nos esperaba con una sonrisa en los labios y una fruta en cada mano, como si supiera que yo llevaría a mi mujer.

—Estas frutas son para ustedes. Están impregnadas de energía de la práctica que realicé por la mañana. —Sólo entonces notamos que el sol ya estaba alto y que nos habíamos quedado la mitad del día en nuestro lecho compartiendo lo que teníamos de más precioso. Pero el Maestro no estaba molesto con eso. Al contrario, parecía gratificado por nuestros semblantes que irradiaban vitalidad.

—Maestro, ¿usted no estaba enfermo?

—Eso fue ayer. Cuidaste bien de este viejito y mis ejercicios ayudaron a la recuperación más rápida. ¿Vamos a tener una nueva estudiante hoy? — Sin esperar por la respuesta pasó cada brazo sobre nuestros hombros y nos condujo a la caverna en que vivía.

LA CASA DEL MAESTRO

Mirando de afuera, supuse que esa caverna sería pequeña, pues la entrada era estrecha y quien pretendiese entrar tendría casi que deslizarse próximo al suelo. El lado de adentro, sin embargo, era espacioso y parecía una casa, incluso por los utensilios muy bien dispuestos, con un orden impecable. Había una mesa con varios asientos, lo que me llevaba a la conclusión de que recibía más gente.

Armarios gruesos de madera pesada permitían soportar el peso de una cantidad incalculable de manuscritos en finísimas láminas de madera y en pergamino vegetal. De estos últimos, algunos estaban doblados, otros enroscados y algunos habían sido dejados abiertos, tal vez por ser muy antiguos y ya no resistir al manoseo. Para mí, aquellos escritos eran enigmáticos, pues yo no entendía sus caracteres. Pero algo me atraía a ellos. Me gustaba la forma, el color y el olor de aquellas escrituras.

APRENDIENDO A LEER

Percibiendo mi mirada hacia su biblioteca, el Maestro se dirigió a nosotros y nos dijo:

—¿Les gustaría aprender a leer estos símbolos?

—Sin duda —respondimos al unísono— pero, ¿para qué sirven?

—Sirven para poder escuchar en su mente las palabras de los sabios que nos precedieron. Aquéllas son escrituras de los ancestrales. Fueron pasando de Maestro a discípulo a lo largo de las generaciones. Nadie sabe cuánto tiempo hace que fueron elaboradas. Éstos son textos de mi autoría. Aquí reuní todas las cosas que aprendí a lo largo de una vida dedicada al autoconocimiento, gracias al patrimonio de enseñanzas que heredé de los más antiguos. Vean, este símbolo significa “yo” —dijo, apuntando a un carácter en una de las escrituras.— Este otro significa “unión”.

En poco tiempo ya conseguíamos leer algunas palabras y pronto comprendimos sentencias enteras. Nos parecía fascinante que un signo dibujado sobre una superficie pudiese producir un sonido dentro de nuestra mente; y que la asociación de varios de esos signos llegase a evocar un flujo de imágenes y conceptos. Y más: ¡que tales imágenes y conceptos fuesen transmitidos de la mente de una persona a la de otra! Nunca en la aldea habíamos trabado contacto con ese tipo de cultura. A veces nos topábamos con un sello que marcaba alguna mercadería, pero no nos preocupábamos por el significado de sus caracteres. Nadie se detenía en eso.

Los meses fueron pasando y la cantidad de enseñanzas que recibíamos del Maestro se volvía inimaginable. Era como si estuviéramos ingresando en un nuevo universo.

Infelizmente, mi compañera no podía permanecer tanto tiempo con nosotros, pues debía ir a cuidar de nuestra plantación, de los animales y de la casa. Innumerables veces me ofrecí a realizar esos quehaceres, para que pudiese quedarse más tiempo con el Maestro, pero ella me tomaba el rostro entre las manos, me miraba con una ternura indescriptible y decía que mi lugar era allí. Nos hacía compañía por algún tiempo y después se iba a los saltitos por entre las flores, que parecían tener algún pacto con ella, pues sus pies no las herían.

CUANDO LLEGABA A CASA AL ATARDECER

A veces llegaba tan tarde que perdía el inicio de la puesta del sol. Yo sabía qué importante era para mi compañera acurrucarnos juntos para admirar el disco solar que se ocultaba dentro del mar. Entonces, cuando se me hacía tarde, yo corría por el campo, pues había prometido no volver a dejarla triste por mi ausencia. Corría tratando de hacer como ella, que no pisaba las flores.

Por más que corriera acababa, algunas veces, llegando cuando la mitad del espectáculo ya había pasado.

Un día me atrasé mucho y percibí que cuando llegara, el sol ya se habría ido. Me puse tan triste al imaginar las lágrimas sentidas de mi amor, que resolví llevarle un presente para compensar. En el camino había una colmena llena de miel silvestre. Ya habíamos aprendido que el humo preocupaba a las abejas por un eventual incendio en la floresta y que, bajo el humo, no atacaban a los intrusos. Preparé una antorcha con muchas hojas verdes y partí a la colecta de la miel. Ese día algo salió mal. Tal vez por la ansiedad de hacer todo de prisa y llevar luego la ofrenda a aquélla que era la razón de mi vida, erré en la cantidad de humo o no presté atención cuando cambió el viento. El hecho es que las abejas comenzaron a atacarme. Sin embargo, no desistí. No me iría sin llevar un panal de miel para aquélla que tanta ternura derramaba sobre mí todos los días.

Cuando llegué a casa, con el brazo extendido, el panal de miel en mi mano, sólo conseguí decir:

—Para ti, pasión...— y me desmayé bajo el dolor de decenas de picaduras.

Dos días después, al recobrar la conciencia, mi mujer me contó que cuando llegué con el panal de miel, mi rostro estaba desfigurado. Permanecí un día y una noche con fiebre alta. El Maestro vino a verme y dijo que tal vez yo no resistiese el veneno de las abejas debido a la cantidad de picaduras. Con todo, me aplicó compresas y le recomendó a ella que no se alejase de mí ni por un instante, pues el amor consigue cosas que la propia ciencia no sabe explicar. Los amigos iban a cuidar de la casa, hacían comida para nosotros y se ocupaban de los animales. Ella se quedaba todo el tiempo hablando conmigo, tomando mi mano y acariciando mi rostro.

De esa forma, después de dos días, volví a la vida. Y la primera cosa que vi fue su mirada húmeda por una lágrima de amor que rodó de su rostro al mío. Nunca nadie me había mirado de esa manera. Jamás olvidaré su mirada. Jamás olvidaré aquel momento. Aún sin poder hablar bien, la estreché entre mis brazos doloridos y sollocé, del fondo de mi alma, lágrimas de gratificación y afecto.

Hoy, cuando me acuerdo de aquella escena, tengo pena de los que no pudieron vivir momentos así en sus vidas.

APRENDIENDO A ESCRIBIR

En algunos días yo ya estaba mejor y retorné al discipulado de mi Maestro. Cuando estuve eximio en la lectura, el Viejo Sabio me dijo:

—Hijo, tengo los ojos cansados y brevemente no podré más escribir mis ideas. Es una pena que a esta edad la mente esté tanto más clara y tantos conocimientos se encuentren acumulados en ella, pero el cuerpo no pueda dar salida a todo lo que sabemos y a todo lo que podríamos hacer con eso. Toma el instrumento de escritura y graba lo que te voy a dictar.

Ingenuamente, agarré el cálamo, lo mojé en la tinta como había visto al Maestro hacer tantas veces, y me armé para escribir. Pero... ¡qué increíble! ¡No conseguía trazar siquiera un signo! ¿Cómo era posible? ¡Yo lo había visto al Maestro escribir todos los días y hacerlo con tanta facilidad!

Cuando miré hacia él, como quien pide socorro, percibí que se doblaba de risa con la escena y con mi cara. Yo estaba habituado a mi pueblo, que reía con mucha facilidad y que encontraba gracia en todo y en nada, pero era hilarante la imagen de aquel anciano con el rostro rojo de tanto reír, contrastando con sus barbas blancas. Cuando logró hablar me dijo, todavía entre accesos de risa:

—Entonces, ¿creíste que era fácil? Leer es una cosa, pero escribir es otra mucho más difícil. Cada símbolo debe ser trazado con arte y armonía. Es necesario respetar el sonido. El sonido es sagrado. —Y diciendo estas palabras, apuntó para un lagarto que estaba a unos metros de distancia. Mientras yo miraba al reptil, el Maestro emitió un sonido grave y largo. El lagarto levantó la cabeza, miró hacia nosotros y huyó en disparada.

—¿Qué fue eso, Maestro?

—Eso fue para que constates el poder del sonido. Más tarde te voy a enseñar sonidos para calmar a los animales y sonidos para alejarlos; sonidos para adormecer y sonidos para despertar; sonidos para curar y sonidos para matar; sonidos para producir la concentración mental y otros para despertar energías dormidas dentro de ti. Ésta es parte de mi ciencia. El verbo es un gran poder que está a nuestra disposición. Incluso las palabras que usamos para hablar tienen una gran fuerza. Todo lo que nuestra civilización construyó y realizó, partió de la palabra, pronunciada o mentalizada. Antes de construir tu cabaña, dijiste “voy a construir una casa”. Fue así como tu habitación comenzó a existir. Por eso, es necesario respetar las palabras, escribirlas correctamente y trazarlas con la armonía de las líneas de fuerza que constituyen cada símbolo gráfico. Hoy vas a comenzar a aprender esa arte, el arte de la caligrafía. —Y prosiguió:

—Las culturas más primitivas no tienen escritura. Otras, menos primitivas, poseen escritura, pero su trazado es grotesco. En la medida en que el ser humano se perfecciona culturalmente, comienza a realizar todas las acciones de una forma más sutil, más elaborada, más sofisticada. Desde el orden en su casa, en su ropa, la organización en sus movimientos, la expresión fisonómica, el habla y la escritura, todo se vuelve más armonioso, delicado y bien hecho.

LA FABRICACIÓN DEL INSTRUMENTO DE ESCRITURA

—Primero tienes que aprender a fabricar el instrumento de escritura. Toma una varita de bambú tierno. Córtala entre dos nudos, del tamaño adecuado, que es el de un palmo. Después, sácale punta y chanflea una de las extremidades. Déjala secar bien en un lugar ventilado, bajo la luz del día, pero al abrigo del sol. Cuando quede bien seca estará lista para el uso —me dijo.

Entrené semanas hasta conseguir hacer una punta que el Maestro aprobara. Pasaba los días cortando y sacando punta a varitas de bambú. Por más que yo creyese que ya estaban perfectas, mi preceptor encontraba un defecto imperceptible para mis ojos. ¡Y él decía que *sus* ojos estaban cansados! Como yo hacía un gesto de quien no comprende lo que está equivocado, él mojaba la punta en la tinta y me mostraba qué tipo de trazado salía de allí. Entonces, yo me convencía. Era realmente una porquería.

Cuando conseguí acertar en la construcción del instrumento, pasó a enseñarme la fabricación de la tinta. Primero teníamos que internarnos en el matorral para encontrar unas frutitas negras. Después, era necesario seleccionar solamente las que estuvieran bien maduras, que teñían nuestras manos al recogerlas. Había que recoger una gran cantidad. Luego, dejarlas en un secador hecho de madera y cuero, colocado bajo el sol durante algunos días. Entonces eran retiradas, hervidas y coladas en tela fina. Ahí se mezclaba cuidadosamente una pequeña cantidad de aceite vegetal y polvo de una piedra roja que había sido deshecha con la maza, y después era molida durante días **en un molino de piedra**.

Para conseguir ese polvo suficientemente fino, el Maestro tomaba el polvo obtenido con el **molino**, lo derramaba de un recipiente a otro,

levantando polvo, y soplaba levemente, haciendo que las partículas menores quedaran en suspensión en el aire y se desplazaran sobre otro recipiente que quedaba atrás. Repetía esa operación varias veces. Solamente ese polvo impalpable se utilizaba, pero el proceso para obtenerlo llevaba días. Después de agregar el polvo mineral era el turno de mezclar un poco de agua, calentar moderadamente y revolver muy bien, hasta que la mezcla quedase extremadamente homogénea y líquida. Al final, la mezcla era filtrada en una lámina de piedra porosa para retirar cualquier impureza. Pero cuando la tinta quedaba lista, valía la pena. Producía una línea delicada, de contorno preciso, color negro rojizo y que, una vez seca, resistía al agua.

LA FABRICACIÓN DEL "PAPEL"

Ahora era necesario fabricar la hoja sobre la cual se usaría la tinta. El Maestro me dijo que ésa era la parte más difícil, pues fabricar el instrumento de escritura y producir la tinta era apenas una cuestión de saber qué materiales usar y aprender a hacerlo. Pero para producir una hoja era necesario poseer una herramienta especial de cobre, capaz de cortar una finísima superficie de madera blanda. Después de incontables tentativas y ya casi a punto de desistir, logré la complacencia del Maestro, que concordó en que usásemos una lámina no muy fina ni bien contorneada. Había salido curva por la acción de la herramienta de corte. Entonces era necesario prensarla entre dos piedras pulidas como la superficie de las aguas tranquilas del lago. La lámina de madera se colocaba sobre la primera, y sobre ella se apoyaba la otra, con cuidado para que no se quebrase. Luego el conjunto quedaba bajo el sol varios días, hasta que se secura la lámina de madera. Al retirarla, estaba más fina y compacta.

Le pregunté al Maestro el motivo por el cual fabricábamos aquellas láminas, si él poseía manuscritos en pergamino vegetal.

—El pergamino vegetal es muy caro. En nuestra aldea nadie sabe cómo fabricarlo. Lo hace otro pueblo de muy lejos. Sólo usamos el pergamino vegetal para textos importantes y para escrituras extensas, que deben ser registradas en muchas hojas, lo que con las láminas de madera ocuparía espacio excesivo.

—Maestro, ¿ya pensó en otras alternativas de superficies para la escritura?

—Cuando era joven consideré esa posibilidad. Conocí pueblos que grababan sobre piedra o sobre tablas de arcilla. Tienen la ventaja de ser duraderas. El fuego no las quema, el agua no las destruye, el

tiempo no las corrompe. Pero para nosotros esas soluciones son inviables. Yo no tendría fuerza para transportar mi biblioteca. ¿Te imaginas si tuviéramos que emprender otro éxodo? ¡Tendríamos que dejar atrás toda nuestra cultura escrita!

Con esos argumentos no cuestioné más. A mí tampoco me hubiera gustado tener que ayudarlo a ordenar una biblioteca tan pesada...

LA PRIMERA CRISIS DE DESÁ NIMO

De allí en adelante, pasé a ejercer la función de escriba. La mano me dolía terriblemente después de pasar algunas horas escribiendo. Yo quería salir corriendo de allí y volver a disfrutar de las campiñas, de los montes, de los ríos, del mar. Me sentía confinado, realmente preso, en aquel espacio limitado al cual no estaba habituado. A pesar de nuestras meditaciones a las márgenes del gran río y una u otra actividad al aire libre, con el tiempo iba siendo requerido, más y más, para trabajar dentro de la gruta.

A veces el Maestro estaba hablando conmigo, pero mi pensamiento vagaba por el matorral y por las cascadas, bajo el sol de la mañana. Mi cuerpo hubiera dado todo por poder estar allá afuera, en la naturaleza. Sin embargo, mi dedicación al Maestro y mi pasión por aquellos estudios me retenían dentro de la caverna. En realidad, hubiera permanecido incluso más tiempo si fuera necesario, ya que yo quería aquel conocimiento. Poco a poco me fui acostumbrando a esa nueva vida, con menos tiempo de ocio y más responsabilidades, pero trabando una convivencia fascinante con la sabiduría.

Cierto día le confesé al Maestro mi angustia por permanecer tanto tiempo enclaustrado en un ambiente cerrado. No es que fuera pequeño, pero con el tiempo resultaba limitado. Entonces, el Viejo Sabio me preguntó:

—¿Serías capaz de abdicar de todos los demás placeres, paseos y diversiones en las playas, ríos y cascadas si eso fuera necesario para continuar dedicándote a nuestros estudios?

Sin dudar, respondí firmemente que sí. Entonces, me dijo:

—Mueve aquel armario de escrituras allá al fondo.

Arrastrando el armario, encontré un pasaje.

—Entra— me dijo.

Al entrar, quedé paralizado de deslumbramiento. Existía otro salón inmenso, de techo increíblemente alto y paredes fosforescentes. Hasta había un riacho subterráneo y una piscina natural. Allá adentro, una cantidad de otras escrituras, algunas almacenadas en nichos excavados en la arenisca y otras guardadas en ánforas de cerámica lacradas para evitar los posibles insectos y la humedad.

Notando mi deleite, el Maestro dijo con satisfacción:

—Sé que no se compara con los campos abiertos y bañados por el sol. Pero todo lo que no podamos estudiar a las márgenes del río, pasaremos a hacerlo aquí.

Así, pasé los años siguientes estudiando, meditando y practicando las técnicas del Viejo Maestro.

EL MOMENTO DE LA MADUREZ

Un día, volviendo a casa, encontré a mi mujer bañada en llanto, aplicando compresas sobre la pierna de nuestro hijo menor. Corrí a socorrerla.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó?— pregunté angustiado.

—Lo picó una serpiente cuando buscaba leña para encender el fuego.

—El Viejo Sabio debe tener una medicina para eso— respondí, mientras le acariciaba la frente. Y corrí hasta la caverna del Maestro. Él, solícito, tomó un ánfora, algunas vendas, una lámina y corrió conmigo a la aldea. Pero cuando llegamos allá, era tarde. El niño había expirado.

Mi mujer ya no lloraba. La mayoría de nuestra gente sólo lloraba mientras la persona estaba sufriendo. En el momento en que dejaba de sufrir, los familiares generalmente no lloraban más y permanecían quietos por un largo tiempo. Tenían el hábito de permanecer largamente abrazados con el ser querido que yacía sin vida.

Nuestra gente veía la muerte con naturalidad, pues convivíamos con la realidad de la naturaleza que nos rodeaba y los animales morían todo el tiempo. Las personas tampoco vivían mucho y los fallecimientos eran frecuentes. Pero la tristeza de la pérdida, ésa era inevitable.

No nos quedábamos preguntándonos “¿por qué?” ni manifestábamos accesos de rebelión, amargura o incredulidad a causa de la muerte de alguien, pero sufríamos su falta.

Abracé a mi mujer y a mi hijo. El Maestro nos abrazó a todos. Así permanecimos por mucho tiempo, consolándonos mutuamente y siendo consolados por el Sabio.

A esa altura, otras personas de la aldea ya se habían enterado y se aproximaban para ofrecer su solidaridad. Finalmente, nos levantamos, aceptamos una bebida caliente y escuchamos algunas palabras de cariño de los ancianos. El Maestro se había separado y quedado muy quieto a distancia.

Algunas horas después los más viejos nos dijeron que era tiempo de despedirnos de nuestro hijo y que él sería preparado para retornar a los elementos. Aunque otros pueblos con los que trabajábamos contacto adoptasen formas diferentes de tratar a los muertos, en nuestra aldea enterrábamos sus cuerpos. Así, el pequeño cuerquito fue envuelto en tejidos bonitos y delicados. Después, por afuera, otros más resistentes y gruesos. Muchas hierbas aromáticas fueron esparcidas en la fosa. Su cuerpo fue llevado con cuidado hasta el fondo. Después, la tierra cubrió a aquel pequeño ser, ahora inmóvil y sin vida.

**¿ QUIÉ N SOY? ¿ DE DÓ NDE VENGO?
¿ HACIA DÓ NDE VOY?**

Aceptábamos los hechos de la naturaleza. No reflexionábamos sobre la vida eterna ni la reencarnación. Nos sentíamos tristes por algún tiempo, pero después íbamos volviendo a nuestros quehaceres y a nuestra manera de ser lo más rápido posible. Y luego estábamos nuevamente felices. Además, había que cuidar a los otros niños.

Por otro lado, los mayores iban cuidando de los hermanos menores. De esa forma las tareas eran compartidas y no sobrecargaban a los padres.

A esa altura, tomamos conciencia de que ya no éramos jóvenes para tener otros hijos. Teníamos bastante más de veinte años de edad y ciertamente íbamos a morir antes de criarlos. Entonces, comenzamos a dedicarnos casi exclusivamente al servicio del Maestro y a la adquisición del Conocimiento.

Debido a la muerte de nuestro hijo, el interés que manifestábamos era eminentemente por los procesos curativos. Inconcientemente, estábamos interesados en salvar la vida de algún otro niño que eventualmente fuese picado por una serpiente.

Con todo, el Maestro nos explicó pacientemente que había cosas más importantes que la medicina y que ésta tenía muchas fallas. Que la verdadera sabiduría no consistía en, meramente, curar una enfermedad o tratar de salvar el cuerpo de su destino inexorable.

—Todos tenemos que morir de alguna cosa— nos dijo. Podemos evitar aquello que dependa de nosotros, pero hay otros hechos que no dependen de nuestra voluntad o de nuestros conocimientos y esfuerzos. Vicisitudes se producen todo el tiempo y los seres humanos

pueden hacer muy poco para huir de ellas. Entonces, la solución está en una dimensión más elevada. No está en conseguir siempre evitarlas, sino en cómo encararlas y cómo reaccionar a ellas. No se trata de aceptarlas pasivamente, sino de localizar la conciencia en un nivel en que podamos observar todas esas cosas desde lo alto, y no más desde nuestra perspectiva personal, desde nuestra pequeñez egoica.

Confieso que no comprendí nada. Tuve la petulancia de discordar con lo poco que había entendido. Finalmente, se trataba de *mi* vida, de *mi* familia, de *mis* hijos, de *mi* dolor...

El Maestro pasó algunos meses enseñándonos la medicina de los antiguos. Ante cada hierba, raíz, savia, resina, hoja, corteza de árbol, el Maestro introducía conceptos filosóficos. Ante cada emplasto, compresa, infusión, cocción, él insuflaba nociones que inducían al autoconocimiento. Así, poco a poco, nos fue dirigiendo hacia un área de sabiduría en la que le interesaba más que profundizáramos y nos fue apartando del cultivo utilitario de las terapias. En poco tiempo estábamos liberados de nuestro pequeño mundo y comenzábamos a divisar un universo fascinante de concepciones nuevas, de percepciones extrasensoriales y de estados de conciencia superiores, que daban una lucidez indescriptible. A eso dedicamos toda nuestra vida, así como a retransmitir ese Conocimiento.

LOS PODERES DEL MAESTRO

Cuando el Maestro hablaba, nos daba la impresión de estar leyendo uno de aquellos vetustos manuscritos, por el lenguaje preciso e impecable, que exhalaba conocimiento a cada sílaba. El timbre de su locución confería más dignidad y magnificencia a cada frase. Su mirada y fisonomía enmarcaban las sentencias. Su gesticulación sacralizaba y ennoblecía las enseñanzas, componiendo con todo lo que lo rodeaba una *mise en scène* competentemente pedagógica. Nos quedábamos horas y horas escuchando sus historias, parábolas, abstracciones teóricas o simples técnicas bien concretas.

Muchas veces, en medio de su exposición, queríamos hacer una pregunta y estábamos sólo esperando la oportunidad de interrumpirlo para pedir una aclaración, pero el Maestro respondía nuestra duda como si estuviese leyendo lo que pasaba en nuestras mentes... Y, fuera de las clases, ¡cuántas veces contó una parábola o nos dijo una frase que era exactamente lo que estábamos precisando escuchar en aquel momento!

—¿Será que un día seremos como él? —nos preguntábamos.

Cierta noche, el Sabio nos llamó a un rincón especial de la caverna que estaba adornado con maderas aromáticas, formando un portal. El limo ya se insinuaba por entre la piedra y la madera, dando origen a matices de brillo diferentes de los de los materiales sin vitalidad.

El simple hecho de sentarnos allí ya generó un indescriptible bienestar. El Maestro se aproximó con un aire grave, quebrado apenas por una discreta sonrisa, extendió los brazos y apoyó las manos sobre nuestras cabezas. Inmediatamente un calor interno se apoderó de nuestros cuerpos. Una fuerte vibración comenzó a estremecer la base de nuestra columna vertebral. Primero el perineo reaccionó con un

calor intenso y con contracciones musculares involuntarias. Luego esa sensación ascendió, pulsando, por el centro de la columna vertebral, y sentimos una presión agradable dentro de nuestros cráneos. Parecía que la sangre había subido a lo largo de la espina hasta la cabeza. Nos sentimos estremecer y traspasar bajo su poderoso toque. La sensación era muy buena y ahora envolvía todo el cuerpo. Cuando reaccionamos, estábamos derramando copiosas lágrimas de júbilo espontáneo, inexplicable.

—¿Qué pasó?—le preguntamos al Maestro— ¿Por qué estamos sintiendo esto?

El Maestro, espantando una luciérnaga que se había acomodado en su frente, se sentó a nuestro lado y explicó.

—Acabo de transmitirles la Fuerza de los Sabios que me precedieron. Así como una llama enciende a otra llama, esta Fuerza viene siendo transmitida de Maestro a discípulo desde el origen de los tiempos. Con esta energía, ustedes estarán aptos para preparar a otros jóvenes, y así perpetuar estas enseñanzas para las generaciones venideras.

A partir de aquel momento nuestros vínculos se hicieron mucho más fuertes. Había una identificación entre nosotros.

Con el paso del tiempo el Maestro comenzó a catalizarnos estados de conciencia expandida, lo que proporcionaba percepciones de sabiduría y autoconocimiento como jamás habíamos experimentado. En consecuencia, surgieron paranormalidades que nos maravillaban.

—Maestro, si estos poderes brotan en nosotros, que somos meros estudiantes, al vivenciar tales estados de conciencia, ¿por qué nunca nos habías mostrado tus propios poderes?

—Los poderes no son para ser demostrados. Son meras consecuencias de las metamorfosis biológicas que los ejercicios están produciendo en nuestros cuerpos. Dar demasiada importancia a esas facultades deriva la atención del practicante, desviándola de lo que es verdaderamente importante, dirigiéndola hacia lo que constituye un mero efecto colateral.

—Entonces, ¿eso significa que no debemos utilizar nuestros poderes?

—Pueden utilizarlos con naturalidad. Pero no deben exhibirlos.

Así, a partir de ese momento empezamos a utilizar nuestras paranormalidades, pero con discreción.

EL DESPERTAR DE LOS PODERES EN NOSOTROS

Cuando comenzamos a andar, somos desgarbados y torpes. Así era también con las facultades recién adquiridas; al principio no teníamos mucha habilidad para administrarlas. A veces aplicábamos mucha energía para producir un efecto insignificante para el cual, en términos de costo/beneficio, habría sido más conveniente usar las manos u otra herramienta cualquiera en lugar de las paranormalidades.

El Maestro nos amonestaba:

—Guarden la Fuerza para usarla sólo cuando sea realmente necesario. Aprendan a frenarla en las circunstancias en que sea posible aplicar otra solución.

Una vez más él había respondido antes de que llegáramos a preguntar. Íbamos justamente a decirle que no era a propósito. Se producía un impulso natural de reaccionar con las nuevas aptitudes que habían sido despertadas. Pero, entonces, haríamos un esfuerzo para manipular esas energías a fin de no desperdiciarlas donde no fueran imprescindibles.

Como siempre, tiempo después comprendimos la extensión de esa advertencia del Maestro. Incluso en las mejores aldeas de nuestra etnia, podían producirse casos esporádicos de comportamientos menos elogiados. Cierta vez, un aldeano manifestó una incontenible envidia por el hecho de que nosotros, a esa altura, trabajábamos muy poco, pero habíamos conseguido organizar la vida y la familia de forma que no nos faltase confort. De hecho, habíamos llegado a ser una de las familias más ricas de la aldea. Nuestras inversiones en la compra de tierras, en las plantaciones y en la reproducción de cabras y bovinos, a lo largo de los años, estaban dando el inevitable fruto.

Por aplicar los conocimientos adquiridos del Maestro, habíamos desarrollado una intuición muy refinada para tratar de negocios. Por otro lado, utilizando una alimentación mejor, que el Viejo Sabio nos había enseñado, nuestros hijos crecieron más fuertes, y por eso sólo murieron dos de nuestra prole. Gracias a ese hecho, disponíamos de más mano de obra en la familia lo que, a su vez, contribuía al éxito económico.

En vista de todo eso, el aldeano envidioso comenzó a esparcir comentarios maliciosos: “Esos dos viven en la caverna con el Viejo Sabio, sin hacer nada, mientras nosotros tenemos que quedarnos aquí de sol a sol trabajando en el campo. Y al final, ellos poseen más que nosotros. Y sus hijos no se enferman ni mueren como los nuestros. Sólo puede ser magia negra que ellos hayan aprendido con el Maestro. Si yo fuera usted, no me aproximaría de esa gente. Sería bueno no visitarlos ni invitarlos para nada. Son peligrosos, tienen pacto con los demonios de las profundidades de la tierra.”

Poco tiempo después de que el envidioso comenzó a perpetrar sus maldiciones, una plaga destruyó su cosecha; sus animales murieron; uno de sus hijos sufrió un accidente con la guadaña, y la herida gangrenó. En poco tiempo la cuestión evolucionó de tal forma que su mujer empezó a atribuir esas pérdidas a las actitudes del cónyuge y lo abandonó. Poco después, se casó justamente con un vecino que a él no le gustaba. Su salud, tal vez como consecuencia de esos hechos, se debilitó mucho y diversos problemas serios comenzaron a surgir.

El infeliz procuró al médico de la aldea, un anciano que se había dedicado solamente a la vertiente terapéutica del Conocimiento. Como ese anciano también tenía la sabiduría de los años de vida y de la profesión que ejercía, después de estudiar el caso detenidamente, después de muchas idas y vueltas y tentativas infructíferas para revertir los síntomas, concluyó que tal vez sus infortunios tuvieran alguna relación con la campaña desencadenada por el paciente contra los discípulos del Viejo Maestro.

—Es posible que usted no sepa, pero los que se dedican en cuerpo y alma al Conocimiento quedan protegidos contra los que obran contra ellos. Son defendidos por el Poder Gregario acumulado por miles de

generaciones. La Ley Universal, para preservarlos, destruye a quien los ataque. ¿Por qué no va a hablar con ellos?

En el estado de desesperación en que estaba, el difamador no tenía más a quién apelar. Empobrecido, enfermo, con la moral arrasada y la autoestima por el piso, hizo a un lado el orgullo y vino a vernos. Expuso detalladamente la situación. Pidió perdón y suplicó que retirásemos la maldición. Le explicamos que no había ninguna maldición, pero él no lo creía. Tratamos de hacerle entender que el mecanismo era otro:

—Mi amigo, nuestro principio ético es de nunca rechazar el odio con odio, pues, si así lo hiciéramos, entraríamos en sintonía con la fuente emisora de ese sentimiento pesado y éste nos alcanzaría. Nosotros no hicimos nada en tu contra y tampoco queremos que te pase nada malo. Lo que ocurrió fue que estamos protegidos contra cualquier vibración maléfica, pues tenemos una misión que cumplir y debemos ser preservados. Cuando alguien lanza contra nosotros una acción, palabra o pensamiento destructivo, tal actitud resbala en nuestra protección y vuelve contra el agresor. No lo hacemos nosotros y ni siquiera nos enteramos de lo ocurrido. Eres tú quien debe deshacer lo que obraste contra nosotros. Lo que podemos hacer es mentalizar para que las consecuencias de tus actos sean atenuadas. Pero, en realidad, está todo en tus manos.

Y así fue. Mentalizamos mucha salud y felicidad para el difamador. Él también se ayudó, buscando compensar el mal que había sembrado. Poco a poco las cosas fueron mejorando para él. Sin embargo, lo que había perdido, perdido estaba.

Consultando al Maestro para saber si también en este caso teníamos alguna responsabilidad en controlar los poderes, un peso fue retirado de nuestros hombros.

—No, hijos míos. En este caso no fue su paranormalidad lo que causó aquellos hechos. El efecto de reacción fue desencadenado por el propio desafortunado señor que atacó a quien está protegido. Por más que no queramos hacer mal a nadie, no podemos impedir que, muchas veces, las personas menos educadas se hagan mal a sí mismas.

Después de una pequeña pausa como para marcar bien que iba a abordar otra cuestión, continuó:

—He percibido que, con el paso del tiempo, ustedes se fueron volviendo personas más austeras y están perdiendo la dulzura y la poesía. Nuestra filosofía no recomienda eso. Sé que ahora son más viejos y tienen todas las responsabilidades de las personas de su edad, pero deben preservar la misma frescura y entusiasmo de la juventud.

LA HERENCIA DEL MAESTRO

Pasados algunos años, el Sabio, ya bastante viejo, nos llamó a su lecho, nos tomó las manos y dijo que había llegado su hora.

—Cuiden bien de esta Cultura. No dejen que se pierda. Asuman, como su gran misión, transmitirla a las próximas generaciones. No permitan que sus discípulos modifiquen nada, ni que adapten, ni que simplifiquen. Es su deber sagrado empeñar todos sus esfuerzos para que de aquí a miles de años nuestras enseñanzas estén aún íntegras y puras, y sean otorgadas a aquéllos que tengan mérito para recibir la Iniciación. Que el Gran Poder Cósmico los bendiga.

Y, diciendo esas palabras, expiró. Nos pareció percibir algo así como un sonido grave, un golpe sordo que sacudió toda la caverna. Casi instantáneamente surgió una luminiscencia diáfana que nos hizo percibir la presencia de una legión de Maestros Ancestrales volviendo su mirada hacia nosotros. Por atrás y arriba de todos ellos había uno que estaba envuelto en un círculo de fuego, cuya luz era la que iluminaba el ambiente y que emanaba de él para envolver a todos los demás, inclusive a nosotros. Fuimos invadidos por un enorme sentimiento de paz y felicidad. Fue todo muy rápido, pero con la noción de tiempo alterada, pudimos observar y sentir cada impresión de manera bien marcada.

Como un relámpago demorado, de a poco la percepción de aquella luminosidad fue desapareciendo. Sin embargo, la sensación de la presencia de los Maestros Ancestrales a nuestro lado permaneció.

En aquel momento sentimos como si su fuerza nos hubiera sido pasada. Nosotros, que a esa altura ya éramos ancianos, estábamos heredando su caverna, su biblioteca y su gloriosa misión. Ciertamente, en breve vendría a buscarnos un joven especial, diferente de los

demás, cautivado por las mismas propuestas que nos habían fascinado. Podríamos entonces cumplir nuestro gratificante destino, preservando el Gran Conocimiento que constituía un importante patrimonio cultural de la Humanidad.

En esta breve historia el autor pudo percibir que a medida que los personajes iban volviéndose más maduros, el propio relato se hacía más austero, independientemente de la voluntad de quien lo escribía. Observamos también, *a posteriori*, la reducción progresiva del ego en la redacción, siendo el yo gradualmente sustituido por el *nosotros*.

POSFACIO

No podemos declarar que este relato termina aquí. Más recuerdos podrán producirse en los próximos años. Si así fuera, ediciones posteriores han de contar con un texto adicional. Esperemos que así sea.